

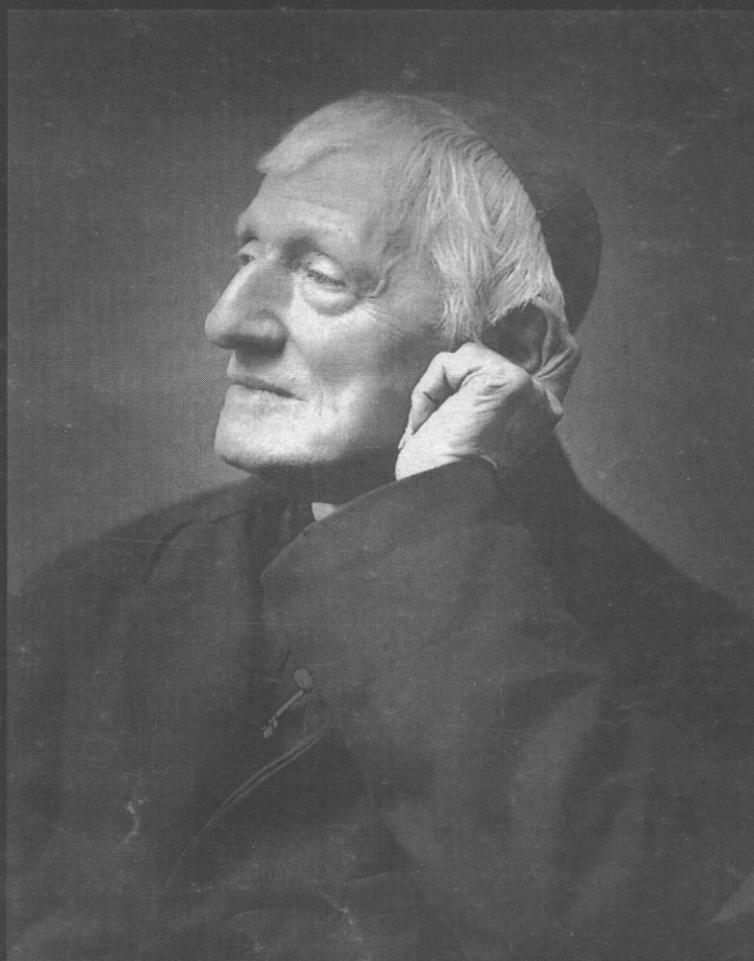
# NEWMANIANA

---

AÑO VII - NUMERO 22

NOVIEMBRE 1997

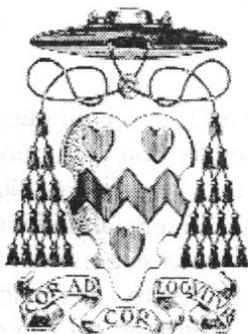
---



*Ex umbris et imaginibus in veritatem*

Publicación de **AMIGOS DE NEWMAN** en la Argentina

# NEWMANIANA



Año VII - N° 22  
Noviembre 1997

## Director

Pbro. Fernando María Cavaller

## Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

## Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

Guillermo Randle SJ

Jorge Ferro

NEWMANIANA  
(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Producción Gráfica: Editorial Mundo Técnico S.R.L.

Pichincha 1572 - Tel.: 308-1340 / 1459

# Sumario

## Editorial

**Mirar a Cristo** ..... 2

## Sermón

**Los tres oficios de Cristo** ..... 3

## VIII ENCUENTRO NEWMANIANO

**La persona de Jesucristo en los escritos de Newman**.....7

Padre Fernando M. Cavaller

**La devoción de Newman a Jesucristo en la Eucaristía** ..... 21

Dra. Inés de Cassagne

## Antología

**El Padre se revela por Su Hijo en el Espíritu Santo**..... 28

International Centre of Newman Friends de Roma

## Espiritualidad

**Dar con el camino de la Vida**..... 30

Teología de la lucha de espíritus en John Henry Newman

Padre Guillermo Randle S.J.

## Poesía

**San Felipe en su Dios** ..... 36

Taducción: Jorge Ferro

SAN FELIPE EN SU DIOS

*Felipe, sobre tu súplica  
descendió del cielo el rayo ardiente  
para fundir tu corazón quemando  
toda la escoria terrenal que hubiera.*

*tu alma se volvió el cristal más puro,  
y pudo traslucirse, iluminante,  
el Esplendor Encarnado  
en majestad sin sombras.*

*Y así, cuando miramos a Felipe  
vemos la imagen de su Señor;  
el santo se confunde con la llama  
que circunda la Palabra Viva.*

*Aquí no hay otro sino el Manso, el Sabio,  
derramando su luz para los hombres;  
llena el oído su terrible acento,  
quemante como el fuego, y suave como nieve.*

*Como la nieve caen las súplicas más íntimas,  
tan blandas, tan brillantes, tan frescas y tan puras,  
con un peso suave y excesivo  
para hundirse en el alma enfebrecida.*

*El que no tiene pecado viene en busca  
del corazón cansado y solitario,  
tan tierno con las almas orgullosas  
o las débiles como si fueran la suya.*

*El toma y escudriña al pecador  
y sopesa uno por uno a sus alumnos,  
midiendo lo que pueden soportar  
antes de otorgar la penitencia.*

*Jesús, revela a los hijos de Felipe  
ese suave saber que hay en lo alto,  
para volcar compasión sobre su celo  
y entretejer paciencia con su amor.*

El Oratorio  
Birmingham, 1850

ST. PHILIP IN HIS GOD

*Philip, on thee the glowin ray  
of heaven came down upon thy prayer,  
To melt thy heart, and burn away  
All that of earthly dross was there.*

*Thy soul became as purest glass,  
Through wich the Brightness Incarnate  
In undimm'd majesty might pass,  
Transparten and illuminate.*

*And so, on Philip when we gaze,  
We see the image of his Lord;  
The Saint dissolves amid the blaze  
Wich circles round the Living Word.*

*The Meek, the Wise, none else in here,  
Dispensing light to men below;  
His awful accents fill the ear,  
Now keen as fire, now soft as snow.*

*As sow, those inward pleadings fall,  
As soft, as bright, as pure, as cool,  
With gentle weight and gradula,  
And sink into the feverish soul.*

*The Sinles One, He comes to seek,  
The dreary heart, the spirit lone,  
Tender of natures proud or weak,  
Not less than if they were His own.*

*He takes and scans the sinner o'er,  
Handling His scholars one by one,  
Weighing what they can bear, before  
He gives the penance to be done.*

*Jesu, to Philip's sons reveal  
That gentlest wisdom from above,  
To spread compassion o'er their zeal,  
And mingle patience with their love.*

Trad. Jorge N. Ferro

## Mirar a Cristo

**E**l año 1997 ha transcurrido, según el deseo del Santo Padre, con la mirada puesta en la Persona de Nuestro Señor Jesucristo. En este número publicamos dos conferencias del VIII Encuentro Newmaniano que tuvo como tema precisamente el misterio de Cristo, desde los escritos y la devoción de Newman. Su insistencia en mirar a Cristo y mostrarlo al mundo, en vez de mirarnos y hablar de nosotros mismos, parece responder a una urgente necesidad. Es la Palabra que debe preceder a las palabras, es Su Persona la que ilumina el misterio del hombre como persona.

El Papa, desde su primera encíclica, *Redemptor Hominis*, insiste en lo que no es sólo una postura especulativa, sino una orientación vital, el *Evangelium Vitae*. Se trata no sólo de buscar sino de hallar ciertamente La Verdad, que nos ha sido revelada. Significa creer en El, creerle a El, y por ello, seguirle a El, dejarnos guiar por Su Luz Bondadosa. Significa esperar en El, en su perdón y en su gracia santificante, en sus promesas veraces, en la comunicación de Su misma Vida Eterna. Significa amarle sobre todas las cosas y en El y con El y desde El poder amarnos los unos a los otros como El nos amó. Descubrir con asombro que efectivamente nos ama desde siempre, nos

mueve a entregarnos a El, nacer de nuevo, vivir, morir, resucitar y ascender con El. La única cosa necesaria que alabó en el Evangelio, sigue siendo la primera opción preferencial, la fuente de la vida de la Iglesia, la única esperanza de salvación para la humanidad. Cristo es el único Mediador entre Dios y los hombres, Su Cuerpo y Su Sangre el único alimento para la vida.

Justamente nos ha llegado en estos días la invitación para el próximo Congreso Newmaniano en Oxford, a realizarse en el Oriel College del 10 al 13 de agosto de 1998. El tema es "Newman and the Word". Newman y la Palabra, el Verbo, Jesucristo.

Newman creyó, contempló y vivió la verdad cristiana, y afortunadamente escribió. Así podemos hoy seguir su pensamiento, con la convicción de que nos lleva constantemente al encuentro con Cristo vivo, con Su Iglesia Católica, en la comunión de los santos. Maestro de la fe y Venerable por haberla vivido heroicamente, podrá acompañarnos en este Adviento y ayudarnos a fijar nuestra mirada en el maravilloso aspecto del recién nacido, imagen visible del Dios invisible.

Deseamos a todos los Amigos de Newman una Santa Navidad.



### ORACION

#### *Por la beatificación del Cardenal Newman*

*Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.*

*Sermons Bearing on Subjects of the Day, V, p. 52-62*  
 25 de Diciembre de 1840

# Los Tres Oficios de Cristo

*...en tus labios se derrama la gracia, el Señor te bendice eternamente. Cíñete al flanco la espada, valiente : es tu gloria y tu esplendor" (Salmo 45, 3-4)*

"S e habla aquí de Nuestro Señor en dos papeles distintos: como maestro, "en tus labios se derrama la gracia", y como conquistador, "cíñete al flanco la espada", o en otras palabras, como Profeta y como Rey. El tercer oficio especial, que se nos presenta en esta época del año, es el de Sacerdote, por el cual se ofrece a Dios Padre como propiciación por nuestros pecados. Son estos los tres puntos de vista que nos ofrece Su oficio de Mediador, y se observa a menudo que había antes de El, ni siquiera como tipo o semejanza, ha tenido los tres caracteres. Melquisedec, por ejemplo, fue sacerdote y rey, pero no profeta. David fue profeta y rey, pero no sacerdote. Jeremías fue sacerdote y profeta, pero no rey. Cristo fue Profeta, Sacerdote y Rey.

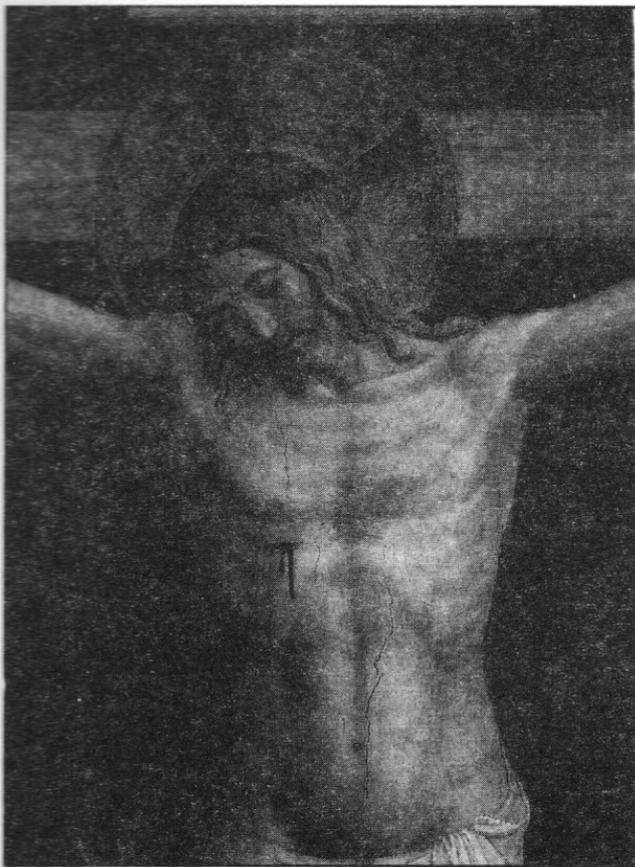
Moisés habla de El como de un profeta, parecido pero superior: "Dios os suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos" (Hechos 7,37). Y Jacob le describió bien como rey cuando dijo: "Ante El rendirán homenaje las naciones" (Gen 49,10). Balaam, también, habla de El como de un conquistador y gran soberano: "De Jacob avanza una estrella, un centro surge de Israel...de Jacob saldrá el que tendrá el dominio" (Num 24,17.19). Y David habla de El como de un sacerdote, pero no como Aarón: "Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec" (Salmo 110,4), es decir, un sacerdote regio, que Aarón no fue. Y además, la profecía, verdaderamente primera de todas: "El te pisará la cabeza (de la serpiente), y tú le acecharás su talón" (Gen 3,15). El iba a conquistar a través del sufrimiento.

Cristo ejerció su oficio profético enseñando y hablando sobre el futuro, en su Sermón de la Montaña, en sus parábolas, en su profecía de la destrucción de Jerusalén. Realizó el servicio sacerdotal cuando murió en la Cruz como un sacrificio, cuando consagró el

pan y el vino para ser banquete sobre ese sacrificio, y ahora que intercede por nosotros a la derecha de Dios Padre. Y se mostró como conquistador y como rey, resucitando de entre los muertos, ascendiendo a los cielos, haciendo descender el Espíritu de gracia, convirtiendo a las naciones, y formando Su Iglesia para recibirlas y regirlas.

Más aún, debe observarse que estos tres oficios parecen contener y representar las tres condiciones principales de la humanidad. Pues, una gran clase de hombres, o aspecto de la humanidad, es aquella de los que sufren, tales como los esclavos, los oprimidos, los pobres, los enfermos, los afligidos, los preocupados. Otra es la de aquellos que trabajan y se fatigan, por ellos mismos o por otros, llenos de negocios y compromisos. Y la tercera es la de los estudiosos, educados y sabios. Resistencia, vida activa, pensamiento, parecen ser los tres estados principales en los que se hallan los hombres. Cristo los asumió todos. En una ocasión dijo, con referencia a Su bautismo en el Jordán: "Conviene que así cumplamos toda justicia" (Mt 3,15). Cada rito santo de la ley lo cumplió por nuestra causa. Y así también, vivió a través de todos los estados de la vida humana hacia el hombre perfecto, infancia, niñez, juventud, madurez, de manera que pudiera ser modelo de todas ellos. Y así también tomó la perfecta naturaleza del hombre, cuerpo, alma y razón, de manera que pudiera santificarla totalmente. De igual modo, entonces, unió a Sí, renovó y nos devolvió en El, los estados o suertes de vida en los que nos encontramos: el sufrimiento, para que pudiéramos saber cómo sufrir, el trabajo para que supiéramos cómo trabajar, y la enseñanza, para que supiéramos como enseñar.

Por eso, cuando Nuestro Señor vino a la tierra en nuestra naturaleza, combinó juntos oficios y obliga-



ciones de los más disímiles. Sufrió y sin embargo triunfó. Pensó y habló, pero actuó. Fue humillado y despreciado pero fue un maestro. Tuvo al mismo tiempo una vida dura como las de los pastores, y sin embargo sabia y regia como las de los magos orientales que vinieron a honrar Su nacimiento.

Se verá, sobre todo, que en estos oficios El representa también para nosotros la Santísima Trinidad, pues en Su carácter más propio es un sacerdote, en cuanto a Su reino lo tiene del Padre, y Su oficio profético lo ejercita por el Espíritu. El Padre es el Rey, el Hijo el Sacerdote y el Espíritu Santo el Profeta.

Y más aún, debe observarse que cuando Cristo dió ejemplo en Sí mismo de tales modos contrarios de vida y de sus virtudes contrarias, todas en uno, no desechó totalmente el magnífico espectáculo al irse, sino que dejó detrás Suyo a aquellos que tomarían Su lugar, que serían Sus representantes e instrumentos, un orden ministerial. Y estos, aunque vasos terrenos, muestran de acuerdo a su medida aquellos tres caracteres, el profético, el sacerdotal y el real, combinando en ellos mismos cualidades y funciones que, excepto bajo el Evangelio, son casi incompatibles la una con la otra. Consagró a Sus Apóstoles para sufrir cuando dijo: "Beberéis del cáliz que yo beberé" (Mt 20,23), para enseñar cuando dijo: "El Paráclito, el Espíritu Santo, ... os lo enseñará todo", y para regir cuando les dijo: "Yo dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para Mí,

### **CRISTO SACERDOTE**

para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lc 22,29-30).

Mejor dicho, todos Sus seguidores en algún sentido tienen el triple oficio, como la Escritura no tarda en declarar. En un lugar se dice que Cristo "ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para el Dios y Padre Suyo" (Apoc 1,6), y en otro "estáis ungidos por el santo y todos vosotros lo sabéis" (I Jn 2,20). Sabiduría, poder, resistencia, son los tres privilegios de la Iglesia cristiana; resistencia representada en el confesor de la fe y el monje, sabiduría en el doctor y el maestro, poder en el obispo y el pastor. Ahora ilustraré esto más detenidamente, mostrando lo que quiero decir.

1. Quiero decir esto: que cuando miramos hacia fuera el mundo, y examinamos los diferentes estados y funciones de la sociedad civil, vemos muchísimo para admirar, pero todo es imperfecto. Cada estado o rango tiene su excelencia particular, pero esa excelencia es solitaria. Por ejemplo, si tomáis el más alto, el oficio real, hay mucho en él que mueve a reverencia y devoción. No podemos menos que levantar los ojos hacia el poder que Dios ha concedido originalmente, manifestado tan visible y augustamente. Toda la pompa y circunstancia de una corte nos recuerda que el centro de ella es alguien sostenido por Dios, el Rey Todopoderoso. Y sin embargo, pensándolo mejor, ¿no es una gran derrota que sea todo poder y ninguna sujeción, toda grandeza y ninguna humillación, toda animación y ningún sufrimiento? Los grandes soberanos, ciertamente, como otros hombres, tiene sus propias penas privadas, y, sin ser cristianos, tienen los privilegios de los cristianos, tanto dolores como placeres. Pero estoy hablando del poder real en cuanto tal, mostrando qué contraste presenta con la soberanía de Cristo. Los príncipes crían príncipes. Desde su nacimiento reciben honores cercanos a la adoración, quieren una cosa y se hace, están siempre en lo alto y nunca debajo. ¡Qué diferente la soberanía de Cristo!, nacido, no en cámara dorada sino en una cueva de la tierra, rodeado de ganado, tendido en un pesebre, criado como el hijo del carpintero, sin un lugar donde reclinar su cabeza aún cuando se manifestó como el Rey de los Santos, y muerto en cruz como un malhechor. Y no fue rey sin ser también víctima. Y de igual manera les pasa a sus seguidores. Lavó los pies de Sus hermanos y les pidió a su vez que hicieran lo mismo. Les dijo que "el que quiera ser el primero entre ellos se haga su servidor, de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20,27-28). Les advirtió que recibirían "casa y campos, con persecuciones" (Mc 10,30). Tal es el poder regio de Cristo, alcan-

## CRISTO PROFETA

zado por la humillación y ejercido en la mortificación.

2. Tomemos otro ejemplo. Cuánto hay de admirable y reverencial en la profesión de un soldado. Llega a ser más cercano al modelo de Cristo que un rey. No sólo es fuerte, sino débil. Actúa y sufre, triunfa a través del riesgo. La mitad de su tiempo lo pasa en el campo de batalla, y la otra mitad en el lecho del dolor. Y hace esto por causa de otros, nos defiende, le somos deudores, ganamos con su pérdida, estamos en paz por su guerra. Y aún así hay aquí también grandes inconvenientes. Primero, está el arma corporal: es una cosa grave tener que derramar sangre y causar heridas, aunque sea en defensa propia. Pero después de todo, lo que hace más a nuestro propósito, el soldado no es sino un instrumento dirigido por otro, es el arma, no la cabeza, debe actuar tanto en una causa buena como mala. Su oficio es deficiente en dignidad, y por ello lo asociamos con la noción de fuerza bruta, arbitrariedad, imperio, violencia y severidad, y todas esas cualidades que salen a relucir cuando la mente, el intelecto, la santidad y la caridad no están. Pero Cristo y Sus ministros son conquistadores sin efusión de sangre. Es verdad, llegó como alguien que viene de la batalla, y el profeta grita al verlo: "¿Quién es ese que viene con ropaje teñido de rojo...y por qué está rojo tu vestido y tu ropaje como el de un lagarero?" (Isaías 63, 1.2). Pero esa sangre era la Suya, y si la de sus enemigos fluyó después, fue derramada por ellos mismos, por el justo juicio de Dios, no por El. "Fue llevado como cordero al matadero, y como oveja, muda ante los que la trasquilan, no abrió la boca" (Isaías 53, 7 ; Hechos 8,32).

Pero hay "un tiempo para callar y un tiempo para hablar" (Ecles. 3,7), y así, en el momento indicado El habló y fue un Profeta. Oportunamente abrió su boca y dijo: "Bienaventurados los pobres de espíritu", y así con las otras bienaventuranzas en la montaña (Mt 5,3). "En El están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col 2,3). "En sus labios se derrama la gracia, el Señor le bendice eternamente". El no solo manda sino que persuade. Atempera sus temibles acciones y explica sus sufrimientos con sus palabras consoladoras. "El Señor le ha dado la lengua del sabio para que pueda decir una palabra oportuna al que está afligido". Y cuando empezó a enseñar, "todos estaban maravillados de las palabras que salían de su boca", pues "les enseñaba como quien tiene autoridad" (Mt 7,28-29). David, siendo él mismo profeta y rey, hombre de cantos sagrados aunque hombre manchado de sangre, había mostrado de antemano qué clase de rey sería el Cristo prometido: "El justo que gobierna a los hombres, que gobierna en el temor de Dios, como luz matinal al romper el sol..." (2 Sam 23,3-4). Y Moisés, otro gober-



nante del pueblo de Dios antes que David: "Como lluvia se derrame mi doctrina, caiga como rocío mi palabra, como blanda lluvia sobre la hierba verde, como aguacero sobre el césped" (Deut 32,2). Y por ello se dijo del Salvador que llegaba: "No disputaré ni gritaré, ni oírán nadie en las plazas su voz. No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha humeante, hasta que lleve a la victoria el juicio" (Mt 12,19-20). De aquí la fuerza puesta por los profetas en que sería un Dios justo y salvador: "La justicia y la paz se besarán", "la justicia será el ceñidor de su cintura, la verdad el cinturón de sus flancos" (Isaías 11,5). Tal es el Divino Profeta de la Iglesia, el Intérprete de secretos, que gobierna no como los conquistadores de la tierra sino por el amor, no por el temor, no por la fuerza de su brazo, sino por la sabiduría del corazón, convenciendo, persuadiendo, iluminando, fundando un imperio sobre la fe, y gobernando con una soberanía sobre la conciencia. Y tal ha sido, también, la autoridad de Sus siervos después de El. Han sido débiles personalmente, sin armas, sin baluartes, desnudos, indefensos, pero soberanos, porque eran predicadores y maestros, porque apelaban a la razón y a la conciencia. Y es extraño decirlo, pero aunque el brazo armado parece como si pudiera hacerlo todo, la soberanía de la mente es mayor, y el fuerte y el noble se acobardan ante ella.

3. Una vez más. Sabemos que los filósofos de este mundo son hombres de profunda reflexión y genio

# VIII° ENCUENTRO NEWMANIANO

5 de noviembre de 1997

Universidad Católica Argentina

## La persona de Jesucristo en los escritos de Newman

Conferencia del P. Fernando M. Cavaller

**E**l pedido del Santo Padre Juan Pablo II de reflexionar este año sobre la Persona de Cristo, como preparación al tercer milenio, nos estimula a hacerlo de la mano de Newman.

### 1. La Encarnación

La tendencia contemporánea es ver lo real como exclusivamente material y visible, tangible y cuantificable, en la dimensión que alcanza el ojo humano corpóreo, la ciencia exacta, el estudio de lo fenómenos. El positivismo que domina esta concepción engendra una forma de conocimiento superficial sobre el mundo, sobre el hombre, y por supuesto bloquea el acceso a lo trascendente, a lo sobrenatural, niega el misterio; es el peligro —nos dice Newman— de descansar en las cosas visibles y olvidar las cosas invisibles, de nuestra ignorancia acerca de ellas. (PPS II, p.359). La mente, la palabra y la pluma de Newman se esforzaron por expresar la convicción y de ayudar a descubrir el sentido básico del mundo y del hombre como creación de Dios, más aún, como manifestación

de la Gloria de Dios. En este sentido todas las cosas visibles son tipos y señales de las invisibles (H.S. 107). En el famoso sermón *El mundo invisible* (PPS IV, p.201,ss), nos lleva poco a poco a la convicción de que ese mundo que llamamos invisible se hará alguna vez totalmente visible, y que entonces nos daremos cuenta que era precisamente la parte más esencial de la realidad.

Estas convicciones fueron definidas por el mismo Newman a modo de un verdadero "principio" filosófico y teológico, que llamó *principio sacramental*. Así lo describe en la *Apología* :

*"Entendí que ... el mundo exterior, físico e histórico, era sólo manifestación para nuestros sentidos de realidades más grandes que él mismo. La naturaleza era una parábola ; la Escritura, una alegoría; la literatura, filosofía y mitología paganas habían sido mera preparación para el Evangelio"*.

Maestros de Newman en esto fueron Butler, el obispo y teólogo anglicano del siglo XVIII, los escritos de Keble, amigo y compañero de Newman en el Movimiento de Oxford, pero sobre todo los Santos Padres. En una obra de 1841 dice: *"El cris-*

Keble



tianismo, y no sólo el cristianismo, sino también el conjunto de relaciones entre Dios y sus criaturas, se presenta bajo dos aspectos, uno exterior y otro interior. Lo que dijo

uno de los primeros Padres sobre las instituciones cristianas es verdadero, a la vez, para el cristiano y para el conjunto de las instituciones divinas: tienen un doble aspecto, ya que «tienen una parte celeste y una parte terrena» (II Clem 14). Es la ley de la Providencia aquí abajo; obra tras un velo, y lo que es visible para nosotros en su conducta, no hace más que reflejar, e incluso a veces disimular o disfrazar, lo que es invisible”.

Este “principio”, es pues, ley de la Providencia divina, en orden al mundo creado.

“Esta es la única gran regla sobre la cual han sido y son dirigidas las divinas dispensaciones con la humanidad: el mundo visible es el instrumento del mundo invisible, aunque también su velo; es su veladura, y no obstante, parcialmente, su símbolo e indicio, de modo que todo lo que existe o lo que ocurre en el orden visible, disimula, sugiere y sobre todo sirve a otro mundo de seres, de hechos y de acontecimientos, que están detrás... Todas las cosas visibles —el mundo, la Biblia, la Iglesia, la sociedad civil y el hombre mismo— son los signos típicos, y, según su medida y lugar, representaciones y órganos de un mundo invisible más verdadero y elevado que ellos mismos”. (E.C.H., p.190-6).

Ahora bien, esta tendencia del mundo invisible a hacerse visible, y la capacidad de este último para ser instrumento de revelación divina, llega a su última manifestación, que es en realidad la intención primera del Creador: Dios mismo se hace visible. Más aún, quiere comunicar al hombre su propia vida. Este es el misterio de la Encarnación, el Hijo de Dios hecho hombre. El misterio de Jesucristo.

En el *Ensayo sobre el desenvolvimiento del dogma*, de 1845, Newman señala la Encarnación como el fundamento y origen del principio sacramental del que hemos venido hablando. Dice:

“Por razones de orden, consideraré la encarnación la verdad central del Evangelio y la fuente desde la que vamos a trazar sus principios. Esta gran doctrina se encuentra enunciada sin lugar a dudas en innumerables pasajes del Nuevo Testamento, especialmente por San Juan y San Pablo, tal como nos resulta familiar a todos: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, llena de gracia y verdad» [Jn 1,14]. «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca de la Palabra de vida, os lo anunciamos» [1 Jn 1,1.2]. «Pues conocéis la generosidad de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza» [1 Cor 8,9]. «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» [Gal 2,20]. En pasajes tales como estos tenemos...”

Y nos enumerará los famosos diez principios, de los que retenemos, por ahora, los primeros cuatro:

1. El principio del dogma, es decir, verdades sobrenaturales entregadas irrevocablemente al lenguaje humano, imperfecto por humano, pero definitivas y necesarias al provenir de lo Alto.

2. El principio de la fe, que es correlativo al del dogma, al ser aceptación absoluta de la Palabra divina con un asentimiento interno, en oposición a la información, si acontece, de los sentidos y de la razón.

3. La fe, al ser un acto intelectual abre una vía para la investigación, la comparación y la inferencia, o sea, para la ciencia de la religión subordinada a la fe. Este es el principio de la teología.

4. La doctrina de la encarnación es el anuncio de un don divino transmitido por un medio visible y material, al acontecer que el cielo y la tierra se unen en la encarnación. Es decir, establece como característico en la misma idea del cristianismo el principio sacramental.

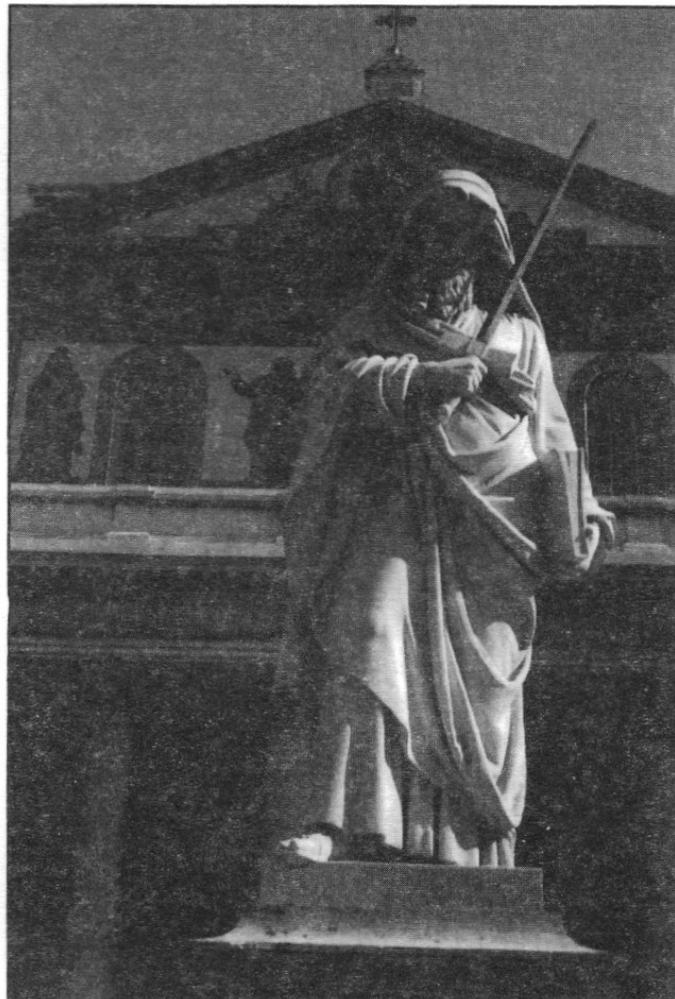
Es evidente que el cuarto da razón de los primeros tres. Newman nos está queriendo decir que la Encarnación ha hecho posible que pueda ser expresado en palabras humanas el misterio de la

Palabra Eterna, es decir la Revelación, no sólo en las palabras inspiradas de la Escritura, sino en los desarrollos dogmáticos posteriores de la tradición, que quedan así investidos de una función sacramental. Insistirá mucho sobre la importancia de los Credos como Himnos de la fe. Esta fe que responde, es también de características sacramentales, ya que afirma lo que no ve ni puede comprobar únicamente por la razón. Y de ella deriva la aparición de la teología como *intellectus fidei*. Pero sobre todo la Encarnación da origen al mismo principio sacramental, por ser una realidad mediadora entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres, entre el tiempo y la eternidad. De allí brotan además otras doctrinas.

Refiriéndose, en la misma obra, a la interrelación de los misterios de la fe, sus doctrinas y principios, dice: *"La encarnación es el antecedente de la doctrina de la mediación, y el arquetipo del principio sacramental y el del mérito de los santos. De la doctrina de la mediación se sigue la expiación, la Misa, el mérito de los mártires y santos, su invocación y el culto. Del principio sacramental provienen los sacramentos propiamente dichos; la unidad de la Iglesia, y la Santa Sede como su tipo y centro; la autoridad de los concilios; la santidad de los ritos; la veneración de lugares santos, relicarios, imágenes, vasos sagrados, ornamentos y vestiduras. Entre los sacramentos, el Bautismo, por un lado, se desarrolla en la Confirmación; por otra parte, en la Penitencia, el Purgatorio y las indulgencias; y la Eucaristía en la presencia real, la adoración de la Hostia, la resurrección del cuerpo y la virtud de las reliquias. Además, la doctrina de los sacramentos conduce a la doctrina de la justificación, ésta a la del pecado original, y esta última a la del mérito del celibato.*

Newman llegó así a considerar la Encarnación "como la gran doctrina del Evangelio", la verdad central del cristianismo (Dev 324-326):

*"En alguna ocasión se ha intentado determinar, como se la ha llamado, la 'idea principal' del cristianismo. Ensayo ambicioso, al emplearse en una obra sobrenatural, cuando tal tarea nos supera incluso con respecto a la creación visible y a las invenciones humanas. Algunos han dicho que su idea principal es la restauración de la raza caída; para otros la filantropía, el anuncio de la inmortalidad, la espiritualidad del verdadero servicio religioso, la salvación de los elegidos, la libertad mental, o la unión del alma con Dios. ...En este*



**San Pablo.  
Estatua en San Pablo Extramuros, Roma**

*sentido yo mismo debería situar la encarnación como doctrina central del cristianismo, pues en ella se originan los tres aspectos principales de la enseñanza cristiana: el sacramental, el jerárquico y el ascético."*

Esta teología, eminentemente encarnacionista, es decir antes ontológica (del ser mismo de Cristo) que soteriológica (la obra salvadora de Cristo), la toma Newman de los Santos Padres, especialmente de los alejandrinos, San Atanasio, San Cirilo, etc., que tenían una cristología marcada por aquella enseñanza de San Juan: "El Verbo se hizo carne", y que, contra la tendencia antioquena, insistían en la unidad del Verbo encarnado, en la transfiguración de su humanidad, y en la estrecha relación entre nuestra salvación y la encarnación.

Lo cierto es que dedicó gran parte de su vida, y de una manera sistemática en su vida sacerdotal anglicana, al estudio de las controversias cristológicas de los primeros siglos del cristianismo. Bas-

taría con recorrer las páginas de su *Historia de los arrianos del siglo IV*, o la erudición histórica y teológica del capítulo VI del *Ensayo sobre el desarrollo del dogma*.

Adentrándose en aquellas controversias sobre la persona del Señor, sobre su divinidad y humanidad verdaderas, pudo también contestar a muchos de su época, que hacían resucitar, como pasa hoy, viejas herejías. Así, en el *Ensayo para rebatir las teorías del liberal protestante Milman*, dice:

*"Todos sabemos que es una doctrina esencial y muy práctica, que la Persona de Cristo es divina, y que en su divina personalidad El ha tomado la humana naturaleza, o, en otras palabras, que el que obra, el que habla, el que sufre, el sacrificado, el intercesor, el juez, es Dios, pero Dios en nuestra carne, no un hombre con una presencia de la divinidad. Esto último es la doctrina sabeliana, nestoriana y sociniana. Pero es adoptada a la letra por Mr. Milman, quien, admitiendo nada más que lo que es de este mundo cuando contempla a la persona de Cristo, está obligado a ver en El, por su misma teoría, nada más que un hombre". (E.C.H., p 204)*

De la Encarnación, brota el principio 9º, que niega la concepción maniquea o dualista:

*"También se nos enseña, mediante el hecho de la encarnación, que la materia es una parte esencial nuestra y que, tanto como la mente, es capaz de santificación.*

Más adelante argumenta así :

*"...dirigiré la atención hacia una característica central del cristianismo, ya en Oriente, ya en Occidente, que actualmente es tanto piedra de tropiezo singular como objeto de burla por parte de los protestantes y de los librepensadores de todo matiz y color: pienso en la devoción que muestran tanto griegos como latinos hacia los huesos, la sangre, el corazón, el pelo, retazos de ropa, escapularios, cordones, medallas, rosarios y cosas por el estilo, y el poder milagroso que les atribuyen con frecuencia. Ahora bien, el principio del que proceden estas creencias y costumbres es la doctrina de que la materia es susceptible de gracia, o capaz de unión con una presencia e influencia divina".*

De la Encarnación, Newman hace surgir otros principios más ; el 5º dice :

*"Otro principio comprendido en la doctrina de la encarnación, desde el punto de vista de la enseñanza o del dogma, es el uso necesario del lenguaje, esto es, del texto de la Escritura en un sentido místico o segundo.*



**San Atanasio**

*Se deben crear palabras para expresar nuevas ideas y se las inviste con un oficio sacramental.*

Newman nos guía por una exégesis muy olvidada hoy por el uso exclusivo del método crítico histórico. Me refiero al sentido místico o espiritual de la Escritura. La fuerza que tienen precisamente los sermones de Newman les viene, en gran medida, de esta interpretación, tan patristica por cierto. Dice en el *Ensayo* que venimos citando:

*"La escuela de Antioquía, que adoptó la interpretación literal, fue, como he dicho antes, la misma metrópolis de la herejía. Por no hablar de Luciano, cuya historia se conoce imperfectamente (uno de los primeros maestros de esta escuela y también mentor y principal apoyo de Arrio), Diodoro o Teodoro de Mopsuestia, que fueron los principales maestros del literalismo en la generación siguiente y que fueron, como hemos visto, los precursores del nestorianismo. Lo mismo pasó en una época aún más antigua: los judíos se adhirieron al sentido literal de las Escrituras y desde ahí rechazaron el Evangelio. Los apologistas cristianos probaron su divinidad por medio del método alegórico. La conexión formal de este modo de interpretación con la teología cristiana la observó Porfirio, que habla de Orígenes y de otros como si la hubieran adoptado de la filosofía pagana, tanto para explicar el Antiguo Testamento como para defender su propia doctrina. Casi puede afirmarse*

como un hecho histórico que la interpretación mística y la ortodoxia permanecen o caen juntas. " (p.352-353)

Justamente porque las expresiones de la Escritura no son sólo palabras, permiten desarrollos dogmáticos. Del sentido profundo e inagotable del texto sagrado, dice Newman :

"Todo lo que nuestro Salvador hizo y dijo se caracteriza por una mezcla de sencillez y de misterio. Sus acciones simbólicas, sus milagros típicos, sus parábolas, sus respuestas, sus condenas, todas son demostraciones de un mandato en su fase germinal y que después tendrá que desarrollarse, un código de verdad divina que siempre iba a estar ante la mirada de los hombres, para ser objeto de investigación e interpretación y guía en las controversias.... San Justino observa: «Sus dichos fueron breves y concisos; pues no fue un retórico, sino que su palabra era el poder de Dios». Y San Basilio, de modo semejante: «Cada acción y cada palabra de nuestro Salvador Jesucristo es un canon de piedad y virtud. Cuando oigas, pues, sus palabras o acciones, no las oigas como de paso, o de una manera simple y carnal, sino que debes entrar en la profundidad de sus contemplaciones y comulgar con verdades que se te entregan místicamente»". (p. 95)

De la Encarnación surge asimismo un 6º principio :

"Es la intención de Nuestro Señor en la encarnación hacernos lo que El mismo es. Este es el principio de la gracia, que no sólo es santa, sino santificante". Aquí está expresada la finalidad de la Encarnación, es decir su función salvadora del pecado y santificadora del hombre. Se trata de la acción de Cristo en nosotros, por la cual nos justifica. Se trata del admirable intercambio "hacernos lo que El es", que Newman aprendió de San Ireneo.

Estos principios teológicos derivados de la Encarnación, afirma Newman, fueron negados de un modo u otro por los herejes :

"Mientras que el desarrollo de la doctrina en la Iglesia ha estado de acuerdo o ha sido consecuencia de estos principios inmemoriales, las diversas herejías, que han surgido de vez en cuando, han violado en uno u otro aspecto, como cabría esperar, los principios con los que aquella vino a la existencia y que aún retiene. Así, las escuelas arriana y nestoriana negaron la regla alegórica de interpretación de la Escritura. Los gnósticos y eunomianos profesaban sustituir la fe por el saber, y también los maniqueos, como declara San Agustín de modo tan conmovedor al principio de su obra De

utilitate credendi. La regla dogmática, al menos en lo que se refiere a su carácter tradicional, fue desechada por todas las sectas que reclamaban, según nos cuenta Tertuliano, juzgar por sí mismas a partir de la Escritura. Y el principio sacramental fue violado, ipso facto, por todos los que se separaron de la Iglesia. También fue negado por el maniqueo Fausto cuando argumentaba en contra del ceremonial católico, por Vigilancio con su oposición a las reliquias, y por los iconoclastas. Igualmente, otras notas del espíritu herético son el desprecio del misterio, de la reverencia, de la devoción y de la santidad. Con respecto al protestantismo está claro cómo ha trastornado los principios de la teología católica de muchas formas". (p.362)

## 2. Cristo, Dios y Hombre

Por supuesto, Newman no expresó su cristología solamente en Ensayos como el del Desarrollo o en estudios históricos como el de los Arrianos del siglo IV, o en traducciones comentadas de obras patrísticas como las de San Atanasio, sino, y sobre todo, en sus sermones. Uno de ellos, predicado en St. Mary de Oxford en 1834, el día de Navidad, lleva por título precisamente *La Encarnación*. Allí descubrimos cómo Newman reflexiona sobre el misterio de Cristo. Parte de la Escritura, tomando el texto de San Juan, y nos dice que el evangelista y apóstol "habla así, breve y simplemente, como temiendo faltar a la debida reverencia":

"El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). Esta fe primera la tenía la Iglesia primitiva toda, en la cual, nos dice, "había luz y paz, temor, gozo y santa meditación. Nada de dudas ilícitas, ni preguntas importunas, ni razonamientos ocultos. Una adoración de corazón, una devoción práctica al hijo siempre Bendito, impedían las dificultades en la fe y protegían a la Iglesia de la necesidad de hablar... Ver y oír reemplazó la multitud de las palabras. La fe dispensó de la ayuda de prolongados Credos y Confesiones. Hubo silencio".

Es verdad, las primeras confesiones de fe que nos transmiten el libro de los Hechos y las cartas de San Pablo eran simples y breves. Pero no sería siempre así. Newman explica que:

"Cuando la luz de su advenimiento se debilitó y el amor se enfrió, se abrió la puerta a la objeción, a la discusión y a la dificultad en responder. Luego, las con-

cepciones erróneas tuvieron que ser explicadas, las dudas allanadas, las preguntas aquietadas, los innovadores silenciados. Los cristianos se vieron forzados a hablar contra su voluntad, a fin de que no hablaran los herejes en su lugar... fuimos obligados a hablar más largo en los Credos y en nuestra enseñanza".

Claro está que Newman no sólo afirma esta razón negativa para el desarrollo dogmático. En el mismo sermón añade, asimismo, una razón más:

*"Habiendo transcurrido el tiempo -nos dice-, y perdidas para nosotros las verdaderas tradiciones del ministerio de Nuestro Señor, el Objeto de nuestra fe está débilmente reflejado en nuestras mentes, en comparación con la vívida pintura que Su presencia dejó impresa en los primeros cristianos. Es verdad que los Evangelios hacen mucho como medio de hacer real para nosotros la Encarnación del Hijo de Dios, si se estudian con fe y amor. Pero los Credos son una ayuda adicional en este sentido. Las declaraciones hechas en ellos, las distinciones, precauciones y cosas tales, apoyan e iluminan las Escrituras, haciendo descender desde el cielo, por así decir, la imagen de El, que está a la derecha de Dios..."*

Newman afirma, en definitiva, la indisoluble relación entre Escritura y Tradición, entre Escritura e Iglesia viva, que la interpreta, profundiza y transmite. Durante toda su vida criticó la postura protestante de la "sola Scriptura", fue el intento de varios de los "Tracts for the times" del Movimiento de Oxford, aparece en la *Via Media*, en la *Grammar*, y en sus últimos escritos, muchos de los cuales fueron de interpretación bíblica.

Fundado, entonces, tanto en las afirmaciones del Nuevo Testamento como en el Credo, comienza su reflexión sobre la preexistencia del Hijo en el seno del Padre Eterno, y sobre la acción creadora del Verbo, especialmente al crear al hombre. El mismo Verbo creador se revelará al hombre haciéndose carne, para redimirlo del pecado. Afirma, como toda la tradición de la Iglesia desde el comienzo, que el motivo de la Encarnación es la Redención: "Desciende otra vez desde el seno de Su Padre para hacer Su voluntad y reparar el mal que el pecado había causado". Y nos muestra cómo realiza esa obra salvadora, hasta dónde llegan las consecuencias de la encarnación:

*"Viene...en debilidad, en forma de siervo, en semejanza de aquella creatura caída a quien se propone res-*

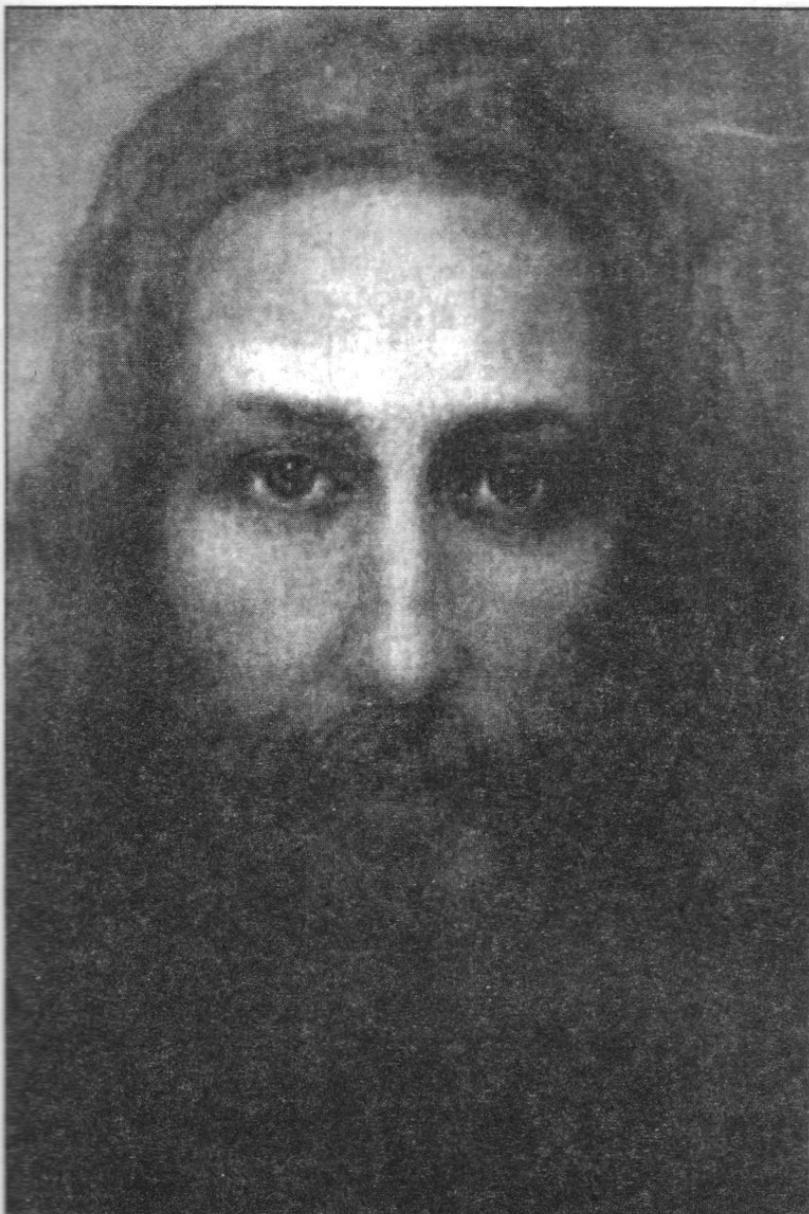
*taurar. De aquí que El se humille a Sí mismo, sufriendo todas las enfermedades de nuestra naturaleza, en semejanza de la carne de pecado, todo menos pecador, limpio de todo pecado aunque sujeto a toda tentación, y siendo en fin obediente hasta la muerte y muerte de cruz".*

Esa redención tiene características de nueva creación. Explicando cómo Cristo no tuvo padre terrenal y es concebido por el Espíritu Santo en el seno de María Virgen, dice:

*"Es así que el hijo de Dios llegó a ser el hijo del hombre, mortal, pero no pecador, heredero de nuestras enfermedades, pero no de nuestras culpas, el vástago de la vieja raza, pero 'el comienzo' de la nueva 'creación de Dios'".*

Se trata del misterio de la unión hipostática, la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana, en la Persona del Verbo. La precisión teológica de la homilía manifiesta la seriedad de sus estudios cristológicos de entonces a través de las controversias que dieron lugar a los grandes Concilios de Nicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia. Las objeciones de aquella época no pierden nunca actualidad, reviven una y otra vez. Por ello, Newman no predica anulando expresiones o formulando reducciones. Expresa el misterio como lo hace la Iglesia, buscando que los dogmas sean objeto de un asentimiento no sólo nocional sino real. Dice así:

*"El entró en este mundo, no en las nubes del cielo, sino naciendo en él, y de una mujer. El, el Hijo de María, y ella, puede decirse, la Madre de Dios. Así vino seleccionando y apartando para Sí mismo los elementos de cuerpo y alma, y luego, uniéndolos a El desde su primer origen de existencia, penetrándolos, santificándolos con Su propia Divinidad, espiritualizándolos y llenándolos de luz y pureza, mientras ellos continuaban siendo humanos y por un tiempo mortales y expuestos a la enfermedad. Y a medida que crecían día a día en su unión santa, Su Eterna Esencia permanecía unida a ellos, exaltándolos, actuando en ellos, manifestándose a Sí misma a través de ellos, de modo que El era verdaderamente Dios y Hombre, una Persona. Así como nosotros somos alma y cuerpo y sin embargo un hombre, así, verdaderamente Dios y hombre no son dos sino Un Cristo. De este modo entró el Hijo de Dios en este mundo mortal, y cuando hubo alcanzado la condición de hombre maduro, comenzó Su ministerio, predicó el Evangelio, eligió Sus Apóstoles, sufrió la cruz,*



**Nuestro Señor Jesucristo. Retrato basado en el rostro que aparece en la Sábana Santa de Turín, pintado en 1935 por el artista armenio Ariel Aggemian**

*murió, y fue sepultado, resucitó y ascendió a lo alto, desde donde reina hasta el día en que venga otra vez para juzgar al mundo. Este es el Misterio lleno de gracia de la Encarnación, bueno para adentrarse en él, bueno para adorarlo, de acuerdo a lo que dice el texto 'El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros'".*

A continuación hace tres distinciones para rebatir tres errores fundamentales de los antiguos herejes, que siempre vuelven :

1) Dios estaba en los profetas pero no como estaba

en Cristo (contra Nestorio) ; 2) se puede decir que el hombre está unido al todopoderoso...sin embargo, inexpresable como es este don de la Misericordia Divina, sería blasfemia no decir que la inhabitación del Padre en el Hijo está infinitamente por encima, siendo de una clase bien diferente. Pues El no es meramente de naturaleza divina por participación de santidad y perfección, sino la Vida y la Santidad mismas, tal como el Padre es, el Co-eterno hijo encarnado, Dios vestido con nuestra naturaleza, la Palabra hecha carne (contra Arrio) ; 3) el Angel no era sino la forma externa temporal que asumió el Verbo eterno, ya fuera de naturaleza material o una visión. Fuera o no realmente un Angel, o bien una aparición existente sólo por el propósito inmediato, de cualquier manera, no podemos decir con propiedad que Nuestro Señor 'tomó para El la naturaleza de los ángeles' (contra los gnósticos de todos los tiempos).

Tanto si se niega la verdadera divinidad como la verdadera humanidad de Cristo, se pone en peligro el misterio de la Encarnación y la Redención del hombre.

En un sermón del año siguiente, 1836, *Cristo el Hijo de Dios hecho hombre* (PPS VI, 5), refiriéndose a los pasajes del Evangelio: «Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo», «El Padre no me ha dejado sólo», «El Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo», «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn), dice que "no parecen hablar ni de la naturaleza humana, ni de la divina, solamente, sino de ambas juntas, es decir, del que siendo Hijo de Dios es también hombre...El estaba en el Padre y el Padre en El, no solo desde la eternidad sino en el tiempo". Esta perfecta unidad consiste, sin embargo, no en la unidad de naturaleza, sino en una unidad de Persona. La humanidad de Cristo, nos dice, jamás subsistió sino como perteneciente a Su divinidad ; no tenía subsistencia en sí misma. Cuando Newman trata de cualquier acción u obra de Cristo, nunca pierde de vista el hecho de que es un acto del Hijo de Dios. En un sermón de su época ca-

tólica (Mix, 15), seguía en la misma línea, diciendo:

*“Reconozco que me gusta fijarme en Cristo como el Verbo Unigénito, pues contemplar su Persona no significa olvido de su sagrada Humanidad. Es el hecho mismo de ser Dios lo que da un sentido a todos los sufrimientos de Jesús ¿Qué es para mí un hombre y sólo un hombre, en agonía, o flagelado o crucificado?...Pero aquí veo Uno...extendido sobre la Cruz, que es Dios. No es una historia de dolor terreno lo que leemos aquí: se trata de la pasión del gran Creador del mundo.... Parece decir: «No puedo moverme a pesar de ser Omnipotente, porque el pecado me ha clavado aquí”.*

Estas consideraciones, permiten reconocer el misterio de la humillación de Cristo, de la condescendencia de la encarnación. Las descripciones de los atributos divinos son páginas memorables de los escritos de Newman, para quien sólo aquel que entienda de alguna manera la eternidad, la infinitud y la omnipotencia divina podrá apreciar lo que significa esa condescendencia.

*“La omnipotencia –dice a los fieles de Birmingham– se hizo abyección. La vida se tornó lepra. El primer Ser, el único hermoso, se dejó ver en figura miserable, sangrante y doloroso, alzado en desnudez, y dislocado sobre la cruz ante ojos pecadores”.*

Más aún, El ha hecho de la cruz el símbolo de Su religión.

El Sermón *La humillación del Hijo Eterno*, de 1835, dice el P. Bouyer, puede “ser considerado como el corazón de toda su predicación”. Más preciso aún que el anterior dedicado a la Encarnación, comienza una explicación de las definiciones de los primeros concilios, necesarias para responder no solo viejas sino recurrentes interpretaciones erradas del cristianismo. Newman desarrolla el texto de la carta a los Hebreos:

*“Aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia”,* explicando que la obediencia pertenece más propiamente al siervo que al hijo. Sí, se trata de aquella forma de siervo profetizada por Isaías. *“En Su eterna unión con el Padre no había distinción de voluntades y obras entre El y Su Padre, nos dice, pues la vida del Padre era la vida del Hijo, y la gloria del Padre era también la del Hijo, de modo que el Hijo era la misma Palabra y Sabiduría del Padre. Pero en los días de su carne, cuando se humilla a Sí mismo «con forma de siervo», tomando una voluntad separada y un obrar separado, experimenta la obediencia. Y*

lo hace en medio del sufrimiento y la tentación. En este sometimiento a la tentación, después del Bautismo, vemos –dice– que hay una renovación, aparentemente, de la tentación de Adán, en la persona del ‘segundo Hombre’. El Verbo no desciende sobre un hombre pre-existente sino que toma para Sí la naturaleza humana completa, y la hace el instrumento de su humillación.

*“Y, mientras añadía esta nueva naturaleza a Sí, no dejó de ser en ningún sentido lo que era antes”.* La conclusión es importante:

*“Todo lo que nuestro Señor dijo o hizo sobre la tierra fue estricta y literalmente la palabra y la obra de Dios mismo...Su divina naturaleza impregnaba su humanidad, de modo que cada hecho y palabra suya en la carne tenían sabor a eternidad e infinitud; pero, por otro lado, desde el momento que nació de la Virgen María, tuvo el miedo natural al peligro, el rehuir natural frente al dolor, aunque siempre sujeto a la influencia reguladora de esa esencia santa y eterna que estaba en El...Es decir que poseía al mismo tiempo reunidos, atributos divinos y humanos”.*

Estas paradojas siempre han sido la piedra de tropiezo de los espíritus racionalistas. La fe cristiana se eleva sobre la aceptación de este misterio, que hace coincidir opuestos, sin contradicción.

Newman pensaba, además, que la Encarnación, y su condición de humillación, era un misterio más sobrecogedor que el de la Santísima Trinidad, el cual lo consideramos inmediatamente más allá de nuestra comprensión, pero el misterio de la Encarnación se refiere a cuestiones que están más en el nivel de nuestra razón; reside no solo en el modo cómo Dios y hombre son uno en Cristo, sino en el hecho mismo de que es así. Newman intentó siempre hacer reales palabras y conceptos que, para muchos son abstractos, pura especulación. Ante esta objeción responde:

*“Verdaderamente, hasta que no contemplemos a nuestro Señor y Salvador, Dios y hombre, como un ser realmente existente, externo a nuestras mentes, tan completo y entero en Su personalidad como mostramos ser nosotros mismos unos a otros, tan uno y el mismo en todos Sus variados y contrarios atributos, «el mismo ayer, hoy y siempre», estaremos usando palabras que no aprovechan. Será así hasta que no hagamos real [to realize] ese Objeto de fe, que no es un mero nombre al que se le asignan títulos y propiedades sin congruencia y significado, sino que tiene una existencia personal*

y una identidad distinta de cualquier otra cosa. ¿En qué sentido real le 'conocemos'; si nuestra idea de El no recoge e incorpora los múltiples atributos y oficios que le adjudicamos? ¿Qué ganamos con palabras, aun correctas y abundantes, si terminan en ellas mismas, en vez de iluminar la imagen del Hijo Encarnado en nuestros corazones? Con todo, se puede hacer este cargo, seguramente, contra la teología de las últimas centurias [del anglicanismo], que bajo la pretensión de salvarnos de la presunción, nos ha negado lo que está revelado...

Observemos la actualidad de lo que sigue :

*"Influenciados por ello, hemos casi olvidado la verdad sagrada, gratuitamente revelada para nuestro ayuda, que Cristo es el hijo de Dios en Su Divina naturaleza, tanto como en la humana. Hemos casi dejado de referirnos a El, según el modelo del Credo Niceno, como "Dios de Dios, y Luz de Luz", que siendo uno con El es, sin embargo, distinto de El. Hablamos, vagamente, de El como Dios, lo cual es verdad, pero no toda la verdad, y en consecuencia, cuando procedemos a considerar Su humillación, somos incapaces de trasladar la noción de Su personalidad desde el cielo a la tierra...cuando hablamos meramente primero de Dios, después del hombre, nos parece cambiar la naturaleza sin preservar la persona...somos llevados a menudo, por necesidad, a discutir sobre Sus palabras y obras, a distinguir entre el Cristo que vivió sobre la tierra y el Hijo del Dios Altísimo, hablando de Su naturaleza humana y Su naturaleza divina tan separadamente como para no sentir o entender que [en El] Dios es hombre y el hombre es Dios. Hablo de aquellos de nosotros que han aprendido a reflexionar, razonar y disputar... de quienes temo, debo decirlo (usando el lenguaje de la teología antigua), que comienzan por ser sabelianos, continúan siendo nestorianos, y tienden a ser ebionitas y a negar la divinidad de Cristo completamente. Mientras tanto, el mundo religioso piensa poco a dónde le conducen sus opiniones, y no descubre que está adorando un mero nombre abstracto o una vaga creación de la mente en vez del Hijo siempre vivo, hasta que la defección de sus miembros le conmueve, y le enseña que la así llamada religión del corazón, sin ortodoxia ni doctrina, no es sino el calor de un cadáver, real por un tiempo, pero cierto a desaparecer".*

Es claro que hoy, si Newman viviera, se vería obligado a hablar de modo parecido, frente, por ejemplo, a un Schillebeeckx, que prescindiendo metodológicamente del dogma (teología meta-

dogmática), sin interesarse de la "filiación divina de Jesús", traza su imagen sólo como liberador, en quien lo decisivo es el hecho y el modo con que ha sufrido y superado la pasión y la muerte, convirtiéndose en modelo y fuerza para el hombre que sufre, enseñándole a superar su vida absurda. Aquí se ha eliminado la cuestión ontológica en Cristo (la encarnación) y su significación salvífica para el hombre, se degrada hasta ser un "modelo humano". Schoonenberg, al igual que Rahner, critican las afirmaciones del Concilio de Calcedonia, porque eliminan la pluralidad de las cristologías neotestamentarias en favor de una única cristología formulada de un modo metafísico, oscureciendo la imagen del Cristo orientado a la redención y su realidad histórica, y proponen una "deshelenización". Se ensayan entonces cristologías que son más bien antropologías, como en Rahner, para quien el ser de Cristo puede expresarse diciendo que Jesús es el hombre que vive la singular y absoluta autoentrega a Dios, o en Schoonenberg, que para no reducir el ser humano de Jesús, ya no ve su ser personal en el Logos (el Verbo), sino en su mismo ser humano. Se trata de cristologías "desde abajo", desde lo humano, por oposición a las cristologías "desde arriba". Pero la intención inequívoca del Nuevo Testamento, como dice Auer, es una cristología desde arriba. Blasling, que convierte al incrédulo contemporáneo en criterio para la predicación, rechaza las fórmulas dogmáticas de la tradición teológica diciendo: "La doctrina del pecado original y de la encarnación, la trinidad y la muerte sacrificial, la ascensión, las teorías sobre la redención, la concepción inmaculada y la infalibilidad, continuarán alejando a los hombre de la fe en Dios y en Jesús". Jesús aparece aquí como un "profeta" que ha sido deificado o divinizado, es decir, que estamos en la gnosis del siglo II y III, con ropaje moderno. Están también las crudas cristologías secularizadas, como la misma teología de la liberación. Dificultades análogas presentan las cristologías que no logran armonizar el Jesús histórico y terreno con el Cristo resucitado, como es el caso de Bultmann, quien causa precisamente una escisión entre el Jesús predicador y el Cristo predicado por la fe de la Iglesia primitiva, nuevamente una divinización desde abajo. Sin duda, Cristo no es un hombre devenido Dios.

Obviamente, Newman no alcanzó a ver estas posturas, pero las vio venir. Comprendió que desde la Ilustración, con su fe en la comprensibilidad absoluta de la razón, se socavaba la realidad del *mysterium*. Además la concepción historicista del siglo XIX veía la verdad sólo al comienzo y a todo desarrollo como obra humana y corruptora. Newman tuvo la concepción cristiana de la historia, misteriosa, en la cual el Jesús histórico y el de la fe se encuentran en la misma tradición viva de la Iglesia. Por otra parte, su concepción del desarrollo, le permitió no desprenderse de las fórmulas dogmáticas, buscando refugio en la 'sola Scriptura' original. Su teología patristica le permitió no deshumanizar ni desdivinizar la figura de Cristo.

### 3. El Sacrificio Expiatorio

El resultado, para Newman, de la ascensión, por parte del Hijo, de la naturaleza humana, fue que murió como un 'Sacrificio Expiatorio'. Lo expone en un sermón de 1836, *El Hijo encarnado, Víctima y Sacrificio* (PPS VI, 6). El título expresa la finalidad soteriológica de la encarnación.

*"La muerte de Cristo no fue un mero martirio. Un mártir es alguien que muere por la Iglesia, que es condenado a muerte por predicar o mantener la verdad. Cristo, de hecho, fue condenado por predicar el Evangelio, pero no fue un mártir, sino mucho más que un mártir. Si hubiera sido un simple hombre, podría haber sido llamado correctamente un mártir, pero no era meramente ni hombre ni mártir. El hombre muere como un mártir, pero el Hijo de Dios muere como un Sacrificio Expiatorio. ...Había una virtud en Su muerte, que no podía haberla en ninguna otra, porque era Dios"*.

Vuelve luego a exponer el misterio de la doble naturaleza de Cristo, para establecer las consecuencias respecto a su pasión y muerte:

*"Era verdadero Dios, pero llegó a ser verdadero hombre... El Verbo eterno de Dios actuaba a través de la humanidad que había asumido. Cuando hablaba, estaba hablando literalmente Dios; cuando sufría, era Dios que sufría. No es que la naturaleza divina misma pudiese sufrir...sino que el Hijo de Dios sufría en esa humana naturaleza que había tomado y hecho Suya. En ella sufrió tan realmente, como realmente hizo los mundos por Su poder Altísimo"*.

Reseña entonces los momentos de la pasión,

con citas de los cuatro evangelistas, recordando a sus oyentes a cada instante quién es el que está sufriendo:

*"Ahora os pido que consideréis que aquel Rostro tan despiadadamente ultrajado, era el Rostro de Dios mismo; la frente ensangrentada con las espinas, el sagrado Cuerpo expuesto a la mirada y lacerado por los azotes, las Manos atadas a la Cruz, y finalmente, el Costado traspasado por la lanza, era la Sangre, y la sagrada Carne, y las Manos, y las Sienes, y el Costado, y los Pies de Dios mismo, que la multitud enloquecida miraba fijamente. Esto es un pensamiento tan terrible, que...mientras pensamos, debemos orar a Dios para que lo mitigue, y nos dé la fuerza para pensar en ello rectamente, y no sea demasiado para nosotros"*.

La Cruz y la Pasión de Cristo son un misterio de fe. Su resultado, dice Newman:

*"También está revelado; es éste: nuestra reconciliación con Dios, la expiación de nuestros pecados y nuestra nueva creación en santidad"*.

La misión de Cristo está relacionada, por tanto, con el pecado original. Los textos paulinos brotan uno detrás del otro en el sermón para mostrar que:

*"Cada uno de nosotros nace en este mundo en un estado de 'muerte', que tal es nuestra vida natural desde el comienzo...el estado en el que se encuentra cada niño pequeño... inocente como parece, existe en su corazón un mal espíritu, un espíritu del mal que yace escondido, visto por Dios e invisible al hombre (como la serpiente entre los árboles del Edén), un mal espíritu que es odioso a Dios desde el principio, y que al final será su ruina eterna. Ese espíritu maligno es echado fuera por el Santo Bautismo, sin el cual su nacimiento hubiera sido miserable para él"*.

Y Newman se pregunta entonces:

*"¿De dónde tiene el Bautismo este poder? Precisamente -responde- de la muerte del Hijo de Dios encarnado."*

Pero, fruto del Sacrificio de Cristo, no es sólo la remisión de los pecados, sino la santificación del pecador, su regeneración. Esta era doctrina permanente en Newman, sobre todo desde el comienzo del Movimiento de Oxford, contra la teoría protestante, y para renovar la convicción en la fuerza regenerativa del Bautismo en la teología anglicana.

*"La naturaleza humana, caída y corrupta, estaba bajo la ira de Dios, y era imposible que fuera elevada a*

---

**Dios Padre muestra el cuerpo de su Hijo.**  
**Escultura de Tilman Riemenschneider, Berlín,**  
**Museo Nacional**

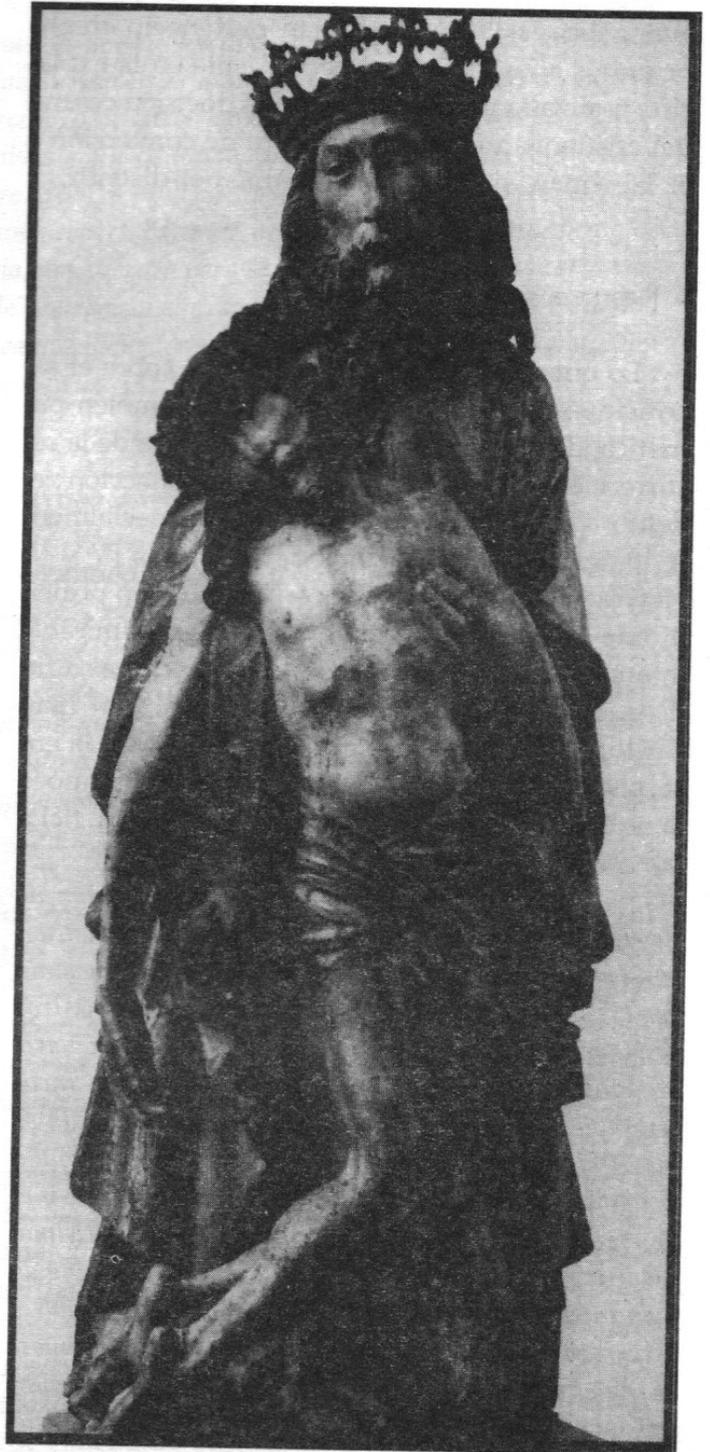
---

*Su favor hasta que expiara su pecado por el sufrimiento... Entonces, el Hijo de Dios tomó para Sí nuestra naturaleza, de modo que pudiera hacer y sufrir lo que en sí misma era imposible.. En Cristo –nos dice– nuestra naturaleza pecadora murió y se elevó nuevamente. Cuando murió en El sobre la Cruz, esa muerte fue su nueva creación...fue hecha perfecta por el sufrimiento y llegó a ser la primicia de un hombre nuevo, una levadura divina de santidad para el nuevo nacimiento y vida espiritual de los que la reciban. Por eso, como dice el Apóstol...[Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó,] estando muertos a causa de nuestros pecados, nos vivificó juntamente con Cristo, y con El nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús”.*

Newman, a medida que se alejó del evangelismo, abandonó y criticó la tendencia de referirse a la expiación sacrificial de Cristo como una mera manifestación de la justicia divina.

*“El Señor murió –nos dice en un sermón de su época católica–, no para esgrimir una suerte de pretensión ineludible ante la justicia divina, por así decirlo –como quien regatea en un mercado o pleitea en un tribunal–, sino que amorosa y generosamente vertió su sangre, más valiosa que la vida de todos lo hijos de Adán juntos, de acuerdo con la voluntad de su padre, que por designios insondables, la demandó presupuesto del perdón. Y no fue solo esto. Una gota de su sangre habría bastado para satisfacer por nuestros pecados. El Señor podría haber ofrecido su circuncisión como una expiación suficiente, o bien un instante de su dolor, o un golpe de azotes. Pero...el precio pagado fue nada menos que el entero tesoro de su sangre, derramada hasta la última gota. El Señor entregó su vida entera por nosotros. Se vació de todo lo suyo...Es como un derroche de caridad...”.*

Se muestra seguidor de los Padres, que toman de la Escritura los términos “rescate”, “expiación”, “sacrificio” y “reconciliación”, para caracterizar la obra salvadora del Verbo encarnado, pero se aparta de la satisfacción de Cristo interpretada por Lutero, y luego por el calvinismo, como mera sustitución penal. Newman leyó a San Atanasio,



que dice: «No es simple substitución de una víctima por otra, es nuestra muerte la que místicamente se realiza en Cristo, al cual nosotros estamos unidos por la encarnación», y reflexionó sobre afirmaciones como las de San Ignacio de Antioquía: «Todo lo sufrió por nosotros para que fuésemos salvados», donde se reconoce la redención como una manifestación de la bondad divina. Este cambio sobre la expiación influyó, lógicamente, en sus homilías. La predicación dentro de la línea

evangélica, a la que Newman perteneció en sus primeros años, insistía especialmente en la expiación realizada por Cristo, como la doctrina central del cristianismo y el instrumento de conversión a él. Newman, sin embargo, terminó por disentir.

#### 4. Resurrección y Ascensión

Lo que más influyó en su teología sobre el sacrificio expiatorio, fue la convicción, también patristica, de que la cruz no podía separarse de la resurrección, de que ambas integraban la acción redentora de Cristo. Como los Padres, especialmente los griegos alejandrinos de los siglos IV y V, Newman consideraba la encarnación como principio de salvación y de divinización, ese admirable intercambio: «El Hijo único se hizo hombre...a fin de que nuestra naturaleza fuese santificada» (San Cirilo). Pero, también como ellos, no separó la encarnación de la muerte y resurrección, y tampoco la muerte de la resurrección. Fue como ellos, fiel a la Escritura. Dice en un sermón de Pascua:

*“Observemos cómo armoniza la resurrección de Cristo con la historia de su nacimiento. David anticipó: ‘No me entregarás a la muerte ni dejarás a tu santo ver la corrupción’...Estas expresiones llevan nuestros pensamientos al anuncio de los ángeles en su nacimiento, en el que está implícita su naturaleza incorruptible e inmortal... Cuando la Palabra de Vida se manifestó en nuestra carne, el Espíritu Santo extendió la mano creativa que en el principio formó a Eva, y el Santo Niño, así concebido por el poder del Altísimo, fue inmortal aun en su naturaleza mortal, tan libre de toda infección del fruto prohibido, que fue impecable e incorruptible. Por eso, aunque estuvo sujeto a la muerte, «fue imposible que ésta le retuviera»”. Y también entonces hay, como en Su encarnación, un efecto en nosotros, por Su resurrección.*

Precisamente eran los Padres griegos quienes veían en la resurrección la manifestación y revelación de victoria sobre el pecado y la garantía y anticipación de nuestra resurrección. Orígenes le decía a Newman: «El Señor transformará el cuerpo de nuestra caducidad a imagen del cuerpo de su gloria», y Newman escribe:

*“Parece que así como Adán es el autor de la muerte para toda la raza humana, así Cristo es el origen de la inmortalidad... Por eso San Pablo dice que «el último*

*Adán fue hecho no simplemente alma viviente, sino Espíritu vivificador, o dador de vida, por ser ‘el Señor que viene del cielo’...Tal es, entonces, nuestro Salvador resucitado, en sí mismo y para nosotros: concebido por el Espíritu Santo, santo desde el vientre materno, muerto pero detestando la corrupción, resucitado al tercer día por medio de su vida inherente, exaltado como el Hijo de Dios e Hijo del Hombre, para elevarse tras de Sí, y colmándonos incomprensiblemente de su naturaleza inmortal, hasta que nos hagamos semejante a El...¡Qué maravillosa obra de gracia! (PPSII, 13)*

Más aún, ninguna división puede ser hecha entre la resurrección de Cristo y Su ascensión. Esta última, plenifica la ‘economía’ salvadora de la Encarnación. Del misterio salvador de Cristo, desde la encarnación a la ascensión, dice en el mismo sermón:

*“Ascendió a los cielos para poder apelar por nuestra causa ante el Padre, y como está dicho, ‘vive para siempre’ para interceder por nosotros”. Pero no debemos suponer que al dejarnos cerró la economía de la gracia de su Encarnación, ni que apartó el ministerio de su incorruptible humanidad, de su obra amorosa de misericordia hacia nosotros. El ‘Sólo Santo de Dios’, murió por nosotros, pero también fue el ‘comienzo’ de una nueva ‘creación’ para la santidad, en nuestra estirpe pecadora: remodelar alma y cuerpo a su semejanza, para que pudieran ser “elevados juntos y sentados en los cielos, en Cristo Jesús”.*

Desde aquí, Newman, nos refiere al don de los sacramentos:

*“Porque antes de irse –dice– recordó nuestra necesidad y completó su obra, legándonos un modo especial de acercarnos a El. Un santo misterio en el que recibimos –no sabemos cómo– la virtud de ese Cuerpo Celestial, que es la Vida de todos los que creen. Este es el santo sacramento de la Eucaristía...”(del cual nos hablará la Dra. Cassagne).*

En su obra sobre San Atanasio, que concluyó poco antes de convertirse, no sólo tradujo sino que explicó la enseñanza del gran Padre de la Iglesia; refiriéndose a esta unión con Cristo escribe:

*“Nuestro Señor, al hacerse hombre, encontró un camino para santificar esa naturaleza de la cual Su propia humanidad es el modelo ejemplar. El inhabita en nosotros personalmente, y esta inhabitación se hace efectiva por los canales de los Sacramentos...Por esta inhabitación, nuestro Señor es la fuente (archè) de la vida espiritual de cada uno de sus elegidos”. Cita a*

San Atanasio después: "Por nuestra relación con Su Cuerpo nosotros también hemos llegado a ser templos de Dios, y en consecuencia somos hechos hijos de Dios" (Ath II, 193-5). Se trata de la aplicación real en nosotros de la acción redentora de Cristo.

Aunque Cristo ascendió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre, en cierto sentido, nos dice Newman:

"Nunca dejó el mundo desde que entró en él, pues, a través de la acción del Espíritu Santo, está realmente presente entre nosotros, aunque se nos escape el modo de su presencia, y se entrega a aquellos que le buscan, de acuerdo a sus palabras...Cuando vivía visible en la tierra, El, el Hijo del hombre, estaba también 'en el cielo'; y ahora, aunque ascendido allá arriba, se encuentra aún sobre la tierra". Y en un pasaje memorable afirma que "a pesar de estar en los cielos, la hora de su cruz y pasión está místicamente presente, aunque han pasado mil ochocientos años. El tiempo y el espacio no tienen lugar en el Reino espiritual que El ha fundado; y los ritos de la Iglesia son misteriosos hechizos por los cuales anula ambos" (PPS III,19).

Cien años antes que viniera a ser usual hablar de los sacramentos como encuentros con Cristo, Newman lo expresaba así: "Como signos de Su presencia y poder, como los rasgos de Su amor, la forma y el rostro suyo, que siempre nos contempla, siempre nos cuida".

Esto significa, una vez más, la capacidad por la fe de captar el mundo invisible. Nadie como Newman ha sabido expresar y enfatizar el escondimiento de Cristo, y al mismo tiempo predicar que está presente más realmente que en su vida terrestre:

"Hemos perdido la percepción sensible y consciente de El, no podemos escucharle, conversar con El, seguirlo de un lugar a otro; pero gozamos de la visión y posesión espiritual, inmaterial, interior, mental y real de El; una posesión más real y presente que la que los apóstoles tuvieron en los días de su carne, 'porque' es espiritual, 'porque' es invisible". (PPS IV, 16,17).

Estos encuentros con Cristo en la fe, a través de los signos litúrgicos especialmente, producen en nosotros sentimientos de alegría y temor, temor en el sentido bíblico, de reverencia por la majestad de Cristo. Más aún, estos encuentros son necesarios como una preparación al encuentro con El, cuando estemos delante suyo para el juicio.

"A veces, -dice en un sermón de 1838- nos pa-

rece vislumbrar esa Forma que veremos cara a cara más adelante. Nos aproximamos, a pesar de la oscuridad, y nuestras manos, o nuestra cabeza, o nuestra frente, o nuestros labios llegan a ser, por así decir, sensibles a un contacto con algo que es más que terrestre...Así, de muchas maneras, El, que es nuestro Juez, nos prepara para ser juzgados. El, que es nuestra gloria, nos prepara para ser glorificados, para no tomarnos de improviso, sino que a la voz del Arcángel y cuando seamos llamados para encontrarnos con el Novio, estemos listos". (PPS V,1)

## 5. Cristo único Mediador

La mediación de Cristo la contempla, considerándola en su triple oficio. Dice en un sermón de 1834:

"Cristo es profeta en cuanto revela con autoridad la voluntad de Dios y el Evangelio de la gracia...Cristo es sacerdote en tanto que nos perdona los pecados y nos concede los demás dones divinos que necesitamos...Cristo es rey en tanto que gobierna la Iglesia".

Newman muestra cómo estos oficios pasan a los Apóstoles y luego a sus sucesores. Pero distingue "el don o la función propia del Señor como Cristo (Mesías), intransferible a sus apóstoles por la comunicación del Espíritu..., la gran obra que nadie podía cumplir en este mundo: ofrecerse en sacrificio de reconciliación por toda la humanidad. Su muerte en la cruz es la única causa meritoria, la única fuente de bendiciones espirituales para nuestra raza culpable. Pero todas las funciones y dones que fluyen de esta reconciliación: dones para predicar, enseñar, reconciliar, absolver, sancionar, dispensar la gracia, gobernar, ordenar, todos están incluidos en la misión de los apóstoles, agentes y representantes de Cristo en su ausencia...(PPS II,25). Pero ninguno de estos favores les fue concedido para ellos mismos.

"Hablando con propiedad -dice años después-, les pertenecían sólo como instrumentos del que "inmortal e invisible" gobierna su reino en todos los tiempos, según su voluntad, único Maestro, único Doctor, único Sacerdote, glorificado en todos sus santos, durante su vida y en el momento de su muerte".(Subj 16).

Impresionaba siempre a Newman la carta a los Hebreos, donde se enseña ese Sacerdocio eterno, esa Mediación de Cristo, que continúa desde la derecha del Padre :

*"Desde que Cristo llegó, sufrió y subió a los cielos, ha estado siempre cerca de nosotros, siempre próximo (aunque no haya vuelto realmente), siempre apenas partido y siempre casi vuelto a venir. Es el único Soberano y Padre de su Iglesia, dispensando sus dones, sin designar a nadie para reemplazarle porque partió solamente por poco tiempo" (PPS VI,17).*

Es ilustrativo, también, lo dicho en sus sermones inéditos. Newman escribió y predicó 583 sermones durante su ministerio anglicano, entre 1824 y 1843; 217 fueron publicados por el mismo Newman, unos 120 se perdieron, pero sobrevivieron 246 sermones, empaquetados y etiquetados por él mismo, que solo están siendo conocidos ahora. Evidentemente, consideró estos sermones demasiado influenciados por el calvinismo de los escritores evangélicos que leía entonces. Pero al estudioso le dan oportunidad de descubrir la posición teológica de Newman, anterior a la influencia en él de la primitiva Iglesia de los Padres, y trazar el desarrollo de sus ideas. Existe precisamente un grupo de sermones dedicados a Cristo mediador, una especie de síntesis de su cristología y soteriología, desarrollada bajo los tres grandes temas de la culpa y la impotencia del hombre, la mediación y divinidad de Cristo, y la expiación.

Es interesante, en uno de estos sermones, cómo conecta la mediación de Cristo con el proceder ordinario de la providencia en la vida común de los hombres. En el mejor estilo de Butler, traza una analogía que muestra la realidad de la mediación en la sociedad, donde los hombre mismos son mediadores de bienes para otros.

*"Dios está a distancia de nuestros sentido y aprehensión directa...todo lo que hace por nosotros y nos da, es a través de la instrumentalidad o 'mediación' de otros. Este plan de bendecirnos a través de medios humanos se llama comúnmente su Providencia...un sistema de continua mediación. Los padres son los instrumentos de la generosidad de Dios para con sus hijos...son los mediadores, los canales de bendición...Del mismo modo Dios dona a ciertos individuos con un poder especial, o salud, o influencia, o talento, en orden a que la mayor parte de la humanidad pueda aprovechar por medio de ellos. Hace aparecer príncipes sagaces, generales, hombres de estado, legisladores u hombres de ciencia y grandes conocimientos, como los medios de otorgar seguridad, prosperidad, las artes y el bienestar*

*de la vida, sabias leyes y formas equitativas de gobierno para la humanidad en general. O bien consideremos las mismas necesidades y conveniencias de la vida diaria, nuestras variadas clases de alimentos, nuestras ropas, casas, medicinas para la enfermedad; todos estos son regalos venidos de la Providencia, pero ninguno inmediatamente de El; todos nos son concedidos por medio de la instrumentalidad de otros. Entonces, así como nos da las bendiciones terrenas por las manos de nuestros amigos, así ha querido darnos la más grande de las bendiciones, el don espiritual del perdón, la santificación, la vida eterna, por un medio señalado, nuestro Salvador Cristo. Para los beneficios 'temporales' existen mediadores 'humanos' entre Dios y los hombres, para los espirituales existe un mediador 'divino'...El Dios de Nuestro Señor Jesucristo muestra por Sus obras reveladas, ser el Dios de esa dirección de los asuntos humanos que vemos.*

En estos sermones tempranos se ve más acentuada la relación entre mediación y expiación sacrificial. El estudio más completo de los Padres agregará un énfasis en la resurrección, tanto como en la crucifixión, y el realismo con el que participamos de la expiación por medio de los sacramentos. Por otra parte, Newman nunca dudó de que Jesucristo fuera el único mediador entre Dios y los hombres.

Finalmente, la Iglesia hereda, por así decir, la sacramentalidad de Cristo, y su oficio de Mediador entre Dios y los hombres. Así lo expresa en el prólogo católico de 1877 a la *Via Media, Conferencias sobre la función Profética de la Iglesia* :

*"Cuando el Señor subió a los cielos, nos dejó a su representante en la tierra. Esta es la Santa Iglesia, su esposa y su Cuerpo místico, institución divina, santuario e instrumento del Paráclito, que habla por su boca hasta el fin de los tiempos. Ella es, diciéndolo con las palabras de un poeta anglicano (Keble), «Cristo en persona aquí abajo», en la medida que los hombres terrenales son capaces de desempeñar y llevar a término las altas funciones que, ante todo y de una manera suprema, son propias de El. Se considera generalmente que estas funciones, que le pertenecen especialmente como Mediador, son tres: las de Profeta, Sacerdote, y Rey. Según esta pauta, y a escala humana, la Santa Iglesia tiene también una función triple: no sólo la profética, ni de una manera aislada, como enseñan prácticamente estas conferencias, sino tres funciones que, si bien diversas, son inseparables entre sí" (edición castellana, p.57).*

## Conclusión

En muchos sermones se detiene a considerar detalladamente la vida de Jesús. Advierte con los Padres de la Iglesia y toda la tradición, que toda la vida de Cristo es misterio de fe. La Vita Christi es objeto de teología, de contemplación, y queda iluminada desde los misterios de la Encarnación y de la Pascua. Reflexionó sobre los relatos de la infancia, sobre la vida oculta, sobre los milagros, discursos y parábolas del Señor, sobre su Bautismo y Transfiguración, sobre los diálogos con sus apóstoles, con las mujeres, con pecadores y poseídos. Creía que toda la vida de Cristo es Revelación del Padre, es misterio de Redención, es misterio de Santificación. Y no solo escribió ensayos, artículos, tratados y sermones, sino meditaciones, oraciones y poesías. Su cristología está vinculada a su contemplación orante y a la predicación de su ministerio sacerdotal.

El vínculo que establece la carta del Papa, entre el misterio de Cristo y la virtud teologal de la fe, pidiéndonos que se reflexione sobre ambos, nos permite citar a Newman, a modo de conclusión. Precisamente en sus *Conferencias sobre la justificación*, de 1837, dice en la última, titulada *Sobre la predicación del Evangelio* :

*"Un sistema de doctrina ha aparecido durante los últimos tres siglos, en el cual la fe o el pensamiento espiritual es contemplado como el fin de la religión, en vez de Cristo...Y de esta manera, se hace consistir la religión en contemplarnos a nosotros mismos, en vez de Cristo, consiste no simplemente en mirar a Cristo, sino en asegurarse de que le miramos, no en contemplar su divinidad y su sacrificio expiatorio, sino nuestra conversión y nuestra fe en esas verdades...la moda del día es predicar la conversión, decirle a la gente que estén seguros de mirar a Cristo, en vez de mostrárselo simplemente, en decirles que tengan fe, más que en suministrarles el objeto de la fe...con el resultado de que la fe y la inclinación espiritual se han desarrollado como fines, y obstruyen la vista de Cristo".* Dice luego algo original: *"La verdadera fe es incolora, por decirlo así, como el aire y el agua; medio transparente a través del cual el alma ve a Cristo. Nuestros ojos no ven el aire y de la*

*misma manera nuestra alma no se detiene a contemplar su propia fe. Cuando, por consiguiente, los hombres toman esta fe, como si dijéramos, en las manos, la inspeccionan curiosamente, la analizan, se absorben en ella, se ven forzados a materializarla, a darle color para que pueda ser tocada y vista. En otros términos, sustituyen a ella, colocan sobre ella, cierto sentimiento, cierta impresión, cierta idea, cierta convicción, algo en fin en que la atención pueda prenderse. Cristo les interesa menos que lo que llaman ellos sus experiencias. Los vemos trabajando para seguir en sí mismos los signos de la conversión, la variación de sus sentimientos aspiraciones y deseos: los vemos ponerse a conversar con los demás sobre todo esto... Ahora bien, no se charla en un campo de batalla; cuando los hombres se sienten impresionados por noticias buenas o malas, por espectáculos hermosos, admiran, se regocijan, sufren, lloran, todo ello espontáneamente y sin reflexionar respecto a sus emociones... Así ocurre con la fe... Nuestros vecinos [los evangélicos] ven cómo vive nuestra alma, pero ésta, cuando se encuentra sana, ve solamente los objetos que la poseen. Tal es la diferencia entre la verdadera fe y la contemplación de sí mismo".*

La teología y la predicación de Newman eran diferentes. "Cuando se exhorta a los hombres a la renovación de la vida, —nos dice— el verdadero Objeto que debe ser puesto por delante, como yo lo concibo, es Jesucristo, el mismo ayer, hoy, y para siempre". La verdadera predicación del Evangelio es referirse ampliamente, tanto como puedan sobrellevarlo, a la Persona, naturaleza, atributos, oficios y obras de Aquel que una vez los regeneró, y está ahora dispuesto a perdonar; es insistir en Sus palabras y hechos registrados sobre la tierra; es declarar con reverencia y adoración Su misteriosa grandeza como Hijo Unigénito, Uno con el Padre, distinto de El aunque no separado de El, eterno aunque nacido, Hijo pero siervo; y es combinar y contrastar Sus atributos y relaciones con nosotros en cuanto Dios y hombre, Mediador, Salvador, Santificador y Juez. La verdadera predicación del Evangelio es predicar a Cristo (JFC, p 325 ; PPS III, 11, p 148 ; II, 15).■

Padre Fernando M. Cavaller

# La devoción de Newman a Jesucristo en la Eucaristía

Conferencia de la Dra. Inés de Cassagne

## I. Período anglicano

Por de pronto, cabe observar en Newman una aptitud natural poética que facilita advertir el carácter SACRAMENTAL de las cosas. Esta aptitud fue reforzada, según él, por Butler y sobre todo por Keble, con su enseñanza sobre el "carácter sacramental, es decir, la doctrina de que los fenómenos materiales son, a la par, figuras e instrumentos de realidades invisibles" (Ap., p. 17). A partir de ello se abrirá camino su adhesión a la doctrina de los sacramentos propiamente dichos, de los que en su época de sacerdote anglicano hablará como "medios y prendas de la gracia, llaves que abren el tesoro de la misericordia" mediante los cuales "tenemos la certeza consoladora de que [el Salvador] nos ama personalmente y de que cambiará nuestros corazones" (P.L.S. III, 290-291).

Antes de llegar a ese estadio, Newman, a los quince años, declara haber tenido su primera "conversión" gracias a la influencia del reverendo Walter Meyers, calvinista, conversión que consistió en recibir en su inteligencia "impresiones de lo que es un dogma" o "credo definido". Ya estaba en Oxford, y en Trinity College pronto recibió la "Primera Comunión". Al respecto anota en su diario: "A.C. Dec. Prid. Mane Eucharist. Sacr. Accipio".

Puesto que habla de "sacramento", no es extraño que le choque la costumbre del colegio: el día de la Santísima Trinidad los estudiantes reciben la Comunión y luego beben hasta emborracharse (día llamado "Gaudy"). Ve esto como una profanación (Bouyer, p. 42-43); pero nos preguntamos ¿qué creía sobre la Comunión? Por el momento, dada su postura aún "evangélica", esta sería algo así como una especie de imagen privilegiada de la Cena del Señor, lo que ya merecía respeto.

Pero luego, en el período 1823-1833, abandona esa postura evangélica: "Después de la lectura de los teólogos anglicanos [del siglo XVII] y luego de proseguir en el estudio de los santos Padres por otro lado... (creía) que había una Iglesia visible, con sacramentos y ritos que son los canales de la gracia invisible..." (Ap. p. 49)

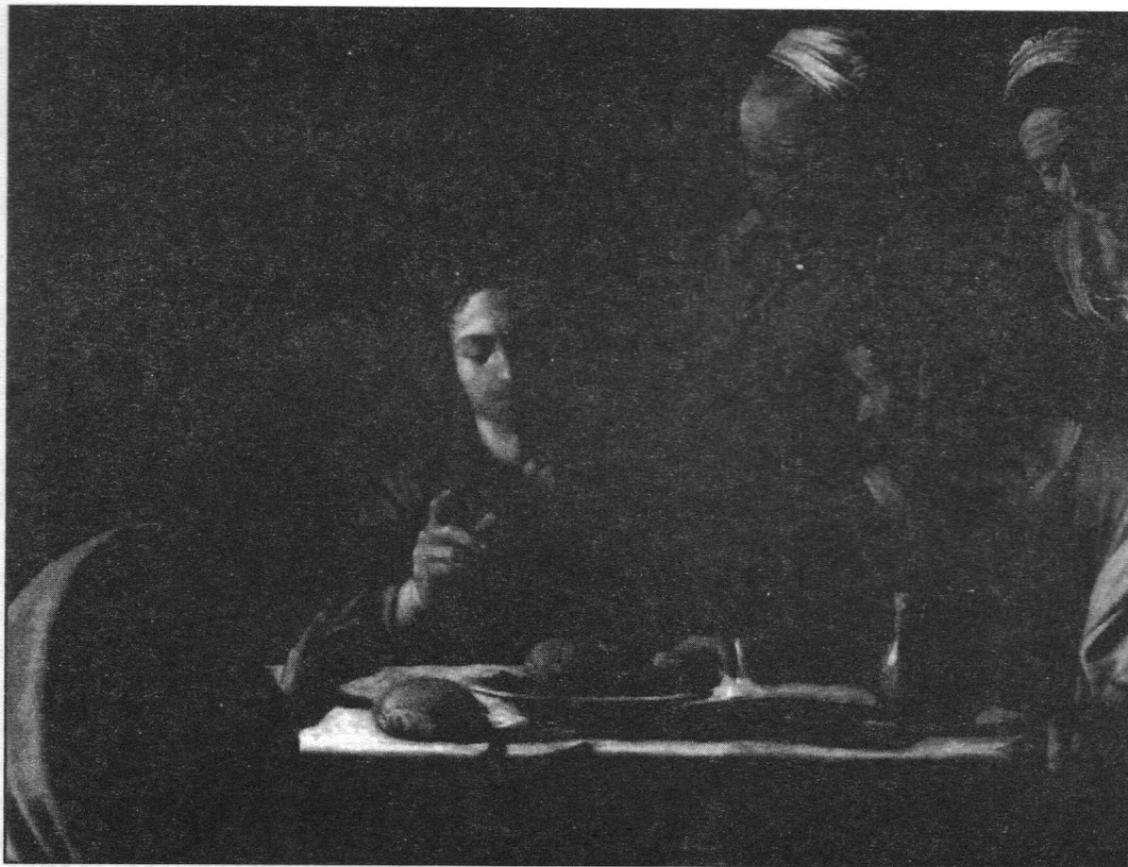
En cuanto al bautismo, acepta la doctrina de la "regeneración bautismal" y en cuanto a la Eucaristía, siguiendo a su amigo Froude afirma la presencia real. Newman acude a formularios oficiales anglicanos sobre la Presencia y recupera lo máximo que puede recuperarse a partir de dichos formularios anglicanos, concluyendo:

"Estos pasajes parecen determinar que el Cuerpo y la Sangre de Cristo no están ausentes sino presentes en la Cena del Señor, y que si realmente y de hecho el Cuerpo de Cristo está allí, su Alma está allí, y su Divinidad... No hay ninguna duda de su Presencia en nuestros altares en cuanto Dios, pues El está en todas partes, pero la cuestión es si Su naturaleza humana está presente también en el sacramento..." (Via media, II, p. 220-21, en 1837).

Luego, hay dos sermones de esta época anglicana, en que habla de una PRESENCIA REAL "espiritual", dándole a esta palabra el sentido más fuerte que le permitía su posición anglicana. Todavía lejos de la doctrina católica de la Transubstanciación, sostiene sin embargo la Presencia "espiritual" y misteriosa que tiene efecto real en todo el hombre. Insiste en lo misterioso de ese sacramento -algo que no puede ser alcanzado por la razón- pero sin embargo de indudable efecto real en el cristiano que lo recibe. ¿Qué efecto? Es pan para la resurrección.

En el sermón de 1832, "La resurrección del cuerpo", vincula la comunión con la resurrección de los cuerpos en el Último Día, y en el sermón de

Cena en  
Emaús.  
Caravaggio



1838, llamado "La presencia Eucarística", toma como texto base: "Este es el Pan que ha bajado del cielo para que todo aquél que coma de él no muera" (Jn 6, 50) y dice:

"El texto habla del más grande y profundo de los misterios sacramentales que la fe nos otorga, el de la Santa Comunión. Cristo, que murió y resucitó por nosotros, está en él espiritualmente presente, en la plenitud de su muerte. Llamamos a su presencia en este sacramento una PRESENCIA ESPIRITUAL, no como si "espiritual" fuera sólo un nombre o una manera de hablar, y El estuviera realmente ausente, sino en el sentido de que El, que está presente, no puede ser visto ni oído; que no puede ser aproximado ni captado por ninguno de los sentidos; que no está presente carnalmente, aunque está REALMENTE PRESENTE. Y cómo es esto, es por supuesto un misterio. Todo lo que sabemos o necesitamos saber es que El nos es dado, y esto se realiza en el sacramento de la Santa Comunión".

Advertimos el avance respecto a la posición protestante-nominalista, es decir, "no realista", se-

gún la cual se había reducido el efecto de la Redención a una mera imputación de "justificación" —el justificado era simplemente "revestido" por los méritos de Jesucristo pero sin ninguna transformación íntima. Frente a esto, Newman aquí ya recupera algo de lo perdido en el protestantismo: al menos el efecto real de santificación y divinización del hombre. El sacramento da la VIDA ETERNA. Y para subrayar este "gran don", este "gran regalo", recurre a las palabras de Cristo después de haber hecho el "signo" de la multiplicación de los panes:

"Yo soy el Pan de vida... Este es el Pan que os alimenta para la vida eterna; el que coma de El no morirá eternamente. Yo soy el Pan de Vida que ha bajado del cielo: si alguien come de este pan vivirá eternamente, y el Pan que yo os daré es mi carne, para la vida del mundo".

Y prosigue razonando, apuntando al cumplimiento de tal promesa al instituir la Eucaristía en la Última Cena:

"¿Quién de nosotros, si hubiera estado presente... en la institución de Su Sacrificio, no hu-

fuera reconocido el cumplimiento de la promesa hecha previamente? ...Seguramente, pues, que ese anuncio... se ha cumplido plenamente en el Pan y el Vino consagrados de la Santa Comunión".

"Gran regalo" –comenta–, gran "bendición", gran "maravilla", que incluso hace que "una gran porción de la Cristiandad sostenga más que lo que nosotros sostenemos. Esa fe, que va más allá que la nuestra, muestra qué grande es este regalo. Aludo a la llamada doctrina de la Transustanciación, que nosotros no admitimos: que el pan y el vino dejan de ser tales y que el Sagrado Cuerpo y la Sangre de Cristo son directamente vistos, tocados y administrados bajo las apariencias de pan y vino".

Está aludiendo a la doctrina de la Iglesia Católica Romana y dice, respecto del anglicanismo al que él se atiene por entonces: "Nuestra Iglesia sostiene que no hay fundamento para decir esto". Y sin embargo, Newman continúa razonando sobre las palabras del Señor. "El dijo: «Si no coméis la Carne del Hijo del Hombre y no bebéis su Sangre, no tendréis vida en vosotros. Todo aquel que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene Vida Eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida», llegando a la conclusión de que la interpretación protestante de estas palabras tan claras y sencillas es inadecuada e inadmisibile:

"Hay quienes explican nuestro alimentarnos del cuerpo y sangre de Cristo como una mera señal o fianza de los efectos de la Pasión, esto es, como una especie de favor de parte de Dios. Pero... Cristo dice que El es para nosotros el maná verdadero, el verdadero Pan que ha bajado del cielo... Lo que el maná fue en el desierto, así es el maná espiritual en el Iglesia de Cristo. El maná en el desierto fue un don real, tomado y comido; así es el maná en la Iglesia. No es sólo voluntad, o favor, o imputación de Dios; no sólo es un estado de gracia, o la promesa de la vida eterna, o los privilegios del Evangelio, o la Nueva Alianza; no es, mucho menos, la doctrina del Evangelio, o fe en la doctrina; sino lo que Nuestro Señor dice: el don de su precioso Cuerpo y Sangre, realmente dados, tomados y comidos, como el maná (en un sentido misterioso) lo fuera en su particular momento y lugar, ...en cada momento y lugar en que la Sagrada Comunión es celebrada".

En esta interpretación es de notar:

Primero, la recuperación de la REAL COMIDA Y BEBIDA y de su REAL EFECTO PARA LA VIDA ETERNA (perdidos en la doctrina nominalista del protestantismo).

Segundo, todavía, la restricción de esto a una interpretación con un sentido "misterioso".

Tercero, la restricción de que esto se realiza sólo "en cada momento y lugar en que la Sagrada Eucaristía es celebrada". Las dos restricciones corresponden a lo que puede ser admitido según los formularios anglicanos a los que Newman se atiene por lealtad a su Iglesia. La última implica restringir la presencia real y misteriosa sólo al servicio de "Holy Comunión", sin admitir la posibilidad de una "reserva" –la Hostia en el Tabernáculo–, como sucede en las Iglesias católicas.

Pero, al menos, la segunda restricción –la del sentido "misterioso"– lo anima a invitar a una penetración cada vez mayor en este misterio. Dice al respecto, al final del sermón, que no debemos mantenernos fríos ante este misterio, sino al contrario, sentir una "curiosidad devota", por él, que nos lleve a esperar que Dios nos lo vaya develando y sobre todo que recemos con "humildad y amor" para ello:

"Aquellos que aman y son humildes podrán comprenderlo; los pensamientos carnales no lo comprenden, y las mentes orgullosas lo ofenden; pero el amor lo desea y la humildad soporta esta búsqueda".

¡Magnífico programa que el mismo Newman puso en práctica!

Otra cosa digna de tenerse en cuenta: el Sermón termina subrayando la relación que hay entre la comprensión de la doctrina de la Encarnación y la Sagrada Comunión:

"Nadie puede tomar conciencia plena del Misterio de la Encarnación si no experimenta profundamente la Sagrada Comunión. Recemos para que Cristo nos dé un deseo honesto de Cristo –sed de su presencia, ansiedad por buscarlo, gozo de escuchar que El puede ser encontrado, aun ahora, bajo el velo de los signos sensibles...".

Este programa místico –sed, ansia y búsqueda del Dios Vivo en una vivencia de fe, amor, humildad y entrega– es admirable: vale para todos nosotros; y le valió a Newman llegar a la plenitud de la penetración del misterio de la Encarnación en la

Iglesia y sus Sacramentos. Al adherir a la Iglesia Católica Romana tuvo la felicidad de adherir a la perfecta PRESENCIA REAL del Señor en la EU-CARISTIA.

## II. Período católico

Uno de los grandes gozos que tuvo entonces fue contar con la Presencia Real no sólo en el sacrificio de la Misa sino también en el Tabernáculo —la Hostia en el tabernáculo—.

El relata que no sospechaba esto cuando su primer viaje a Italia en 1832-33: debido a sus prejuicios anglicanos, desdeñaba todos los oficios católicos, los tomaba en general como supersticiosos y hasta idolátricos y no les prestaba atención. Dice que incluso después de su enfermedad en Sicilia, durante las tres semanas en que esperaba un barco que lo llevara de vuelta a Inglaterra, “comencé a visitar las iglesias y ellas calmaron mi impaciencia, aunque no asistí a ningún servicio. No sabía nada acerca de la presencia del Santísimo Sacramento allí...” (Ap. p. 35).

Pero desde el 9 de octubre de 1845 todo fue muy distinto. Tras haber recibido de manos de Domenico Barberi su auténtica “Primera Comunión”, luego, al dejar Littlemore con su pequeño grupo y pasar a Oscott —al que llama Maryvale— establece para todos un horario de vida que incluye la asistencia a Misa por la mañana y por la tarde la Visita al Santísimo Sacramento. Y es de notar su alegría de tener la Hostia en la capilla de la casa:

“Le escribo al lado de la capilla —le cuenta a su bienamado Wilberforce—. Es una bendición tan incomparable tener la presencia corporal de Cristo en la propia casa, entre sus paredes, que esto absorbe todos los demás privilegios y además destruye, o debiera destruir, toda pena. Saber que El está cerca, poder ir una vez y otra vez durante el día... y sepa, querido Wilberforce, que no lo olvido a Ud. cuando estoy así en Su presencia. Allí donde está el Santísimo Sacramento, es el lugar de la intercesión...” (W. Ward, vol. I, pp. 117-118).

De acuerdo con lo expresado, Newman ha llegado a vivenciar la Eucaristía como Presencia Real Corporal —no sólo espiritual— de Cristo. Ya nunca más podrá sentirse solo. Y esta Presencia es una presencia inefablemente acogedora, consola-

dora y, además, abarcante. En torno a la Eucaristía vive la Iglesia.

Este descubrimiento se acentúa en los meses siguientes, durante su segundo viaje a Roma —esta vez para prepararse al sacerdocio—. Ya no se escandaliza de la piedad popular (como la primera vez), sino con gusto participa de todas sus manifestaciones pues, como le escribe a Pusey, “los conversos vienen (a la Iglesia), no para discutir, sino para aprender” (respuesta al Eirenikon, tr. fr., p. 9). Newman aprende el rostro cotidiano de la piedad católica y, como apunta Jean Honoré, “de todo este descubrimiento, recibe una lección esencial: el puesto que ocupa el culto eucarístico en el sentimiento religioso de los católicos. Puede que las manifestaciones de la piedad parezcan excesivas, expansivas y multiformes, pero ellas encuentran su centro de fervor y de unidad en la fe eucarística... siempre están ligadas al sacrificio de la Misa y a la Presencia Real...”. Y “lo que es nuevo y significativo no es tanto el hecho de descubrir el dogma de la Eucaristía, cuanto el haber encontrado en ella el fundamento de la plegaria universal y de la unión de todos los fieles”. (J. Honoré, *Itinerario spirituale di Newman*, p. 171-172). La unidad de la fe se cumple en la comunión de los fieles, y Newman no se cansa de decirlo con entusiasmo y describirlo en las últimas páginas de su novela *Perder y Ganar*: “Siguen la Misa, comulgan... y cada uno hace su parte habitual y deja que los demás hagan lo mismo...”. Como él mismo había previsto ya en su Sermón anglicano del año 1838, la profundización de la vivencia de la Eucaristía terminó de revelarles el dogma de la Encarnación. La Encarnación eucarística es decisiva para la Encarnación eclesial: por ella se nutre y santifica la Esposa de Cristo.

Por otra parte, nada pierde la piedad íntima y contemplativa, tan característica de Newman. Al contrario: la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía le revela “un Dios más cercano y más íntimo” (id., p. 173). Y esto le ha de ser de un consuelo extraordinario en los años que siguen —años de incompreensión y de prueba en los cuales se purifica su peculiar vocación dentro de la Iglesia Católica.

En su Diario escribe, respecto de pruebas que hubo de sufrir de parte de sus superiores: “He comprendido que mi gran consuelo está en el San-

tísimo Sacramento", en "Aquel que vive en la Iglesia" (Id., p. 228).

El padre Neville ha descrito su devoción eucarística en el Oratorio de Birmingham. Ante el Santísimo Sacramento oraba de rodillas, con la cabeza apoyada sobre las manos, en un intenso recogimiento. A veces pasaba horas frente al tabernáculo en un férvido coloquio. En cuanto a la celebración de la Misa, realizaba todas las ceremonias del altar con la mayor atención a las rúbricas pues, para él, esto era la expresión del respeto que todo sacerdote ha de tener para con los ritos del sacrificio.

Es que para Newman, esta maravillosa solemnidad —como decía— nunca perdió su prodigioso atractivo. Solamente, por su entrega de fe, amor y humildad, su vivencia eucarística se fue precisando, definiendo y plenificando.

En los primeros tiempos anglicanos simplemente afirmaba el misterio, más allá de toda comprensión, del sacramento: "Nuestro Señor... está en la Sagrada Eucaristía de una forma espiritual. No sabemos cómo, ni encontramos parangón en nuestra experiencia para explicar este cómo. Únicamente podemos decir que está presente, aunque no según la forma natural de los cuerpos, sino de un modo sacramental". (V.M., II, 228). Así y todo, proponía una comparación para explicar su real eficacia: "A veces nos parece entrever en figura al que un día veremos cara a cara... Hemos estado comiendo y bebiendo, y en verdad no era un sueño que alguien nos alimentaba de su costado herido y renovaba nuestra naturaleza mediante la carne celestial que nos daba..." (P.S. V, 10-11).

Tales aproximaciones no pierden validez para un católico que de veras quiera penetrar en el misterio de la Eucaristía y en la vivencia de sus efectos.

Pero han de ser completadas con las precisiones católicas a las que llegó Newman: la presencia real, la transubstanciación, por la cual el pan y el vino se convierten realmente en el Cuerpo y la Sangre del Señor que muere en la Cruz y resucita para nuestra redención y santificación. El sacerdote en la Misa actualiza esta acción de Cristo:

"Voy a referirme —dice Newman— a una gran acción, la más grande que pueda darse sobre la tierra. No se trata simplemente de la invocación, sino —si me permitís decirlo así— de la evocación

que hace presente al Eterno. En el altar se hace presente en carne y sangre Aquél a quienes los ángeles reverencian y ante el cual los demonios se estremecen". (Perder y Ganar, 328).

De ahí la precisión que él ponía al celebrar la Misa. Esta acción, la "acción por excelencia", exigen del sacerdote atenerse estrictamente a lo prescrito por el canon:

"La presencia de Cristo trae consigo un rito. La idea de un Don Sobrenatural implica unas rúbricas, un ceremonial concreto".

E inversamente: "Y la ausencia de tales rúbricas, guardianes del Don, son la más seria advertencia de que no hay tal Don..." (carta de 1857, Rialp, p. 93-95).

Esta última observación de Newman tiene en vistas lo que él sabía que ocurría en muchos casos en la Iglesia anglicana: "Hostias arrojadas por la ventana", o bien "vino consagrado que sobra" y que "volvían a meter en la botella"... De ahí infería que muy probablemente el sacerdocio anglicano no fuese válido: "El hecho de que se desprecie de tal forma la materia del Sacramento es una prueba de que no se posee verdaderamente el poder de consagrar". E insiste: la constatación de tales "sacrilegios" implica una falta de amor, que compara a la de la falsa madre de la historia de Salomón, que no tenía inconvenientes en que se partiera por la mitad al niño que ella y la otra mujer reclamaban como suyo:

"Lo mismo que Salomón descubrió quién era la madre por el instinto del amor, la ausencia de ese instinto en la Iglesia de Inglaterra es la prueba más grande de que tal Iglesia no tiene derecho a concebir en su pecho ni entregar con sus brazos al pueblo, al Hijo de Dios invisible hecho carne".

¡A este duro juicio hubo de llegar Newman tras haber revalorizado el sacerdocio anglicano (que él había recibido) precisamente a raíz de la revalorización del Sacramento del Altar! Así lo dice con pena en la misma carta, recordando aquellos tiempos del Movimiento de Oxford:

"Desde que Alexander Knox sostuvo la Presencia Real en el Sacramento, en Oxford empezamos a defender la doctrina del Sacerdocio. Nos parecía imposible que Dios dejara un Don tan precioso ahí suelto, sobre la faz de la tierra; si había un Cristo Presente, tenía que haber un Guardián de su Presencia; si hay Sacrificio, hay Sacerdote.

Por tanto, la Sucesión Apostólica estaba contenida implícitamente en la Presencia de Cristo en la Eucaristía”.

Es de notar que aquella reivindicación del Movimiento de Oxford no se perdió del todo. Con el tiempo, la Iglesia anglicana volvió a adoptar la perdida práctica de la “reserva” eucarística aunque sin imponer a los fieles la creencia en la Presencia Real.

De todos modos, sea como sea lo ocurrido en el anglicanismo, a nosotros nos cabe retener la apreciación de Newman católico sobre el vínculo esencial entre Sacerdocio y Eucaristía y sobre todo la esencial relación que establece entre el rito y el amor en la celebración de la Misa. En el sacerdote, cumplir el rito es una pauta de amor a Cristo. No es cuestión de improvisar sino de repetir con veneración los gestos y palabras adecuados a esa “realidad tan grande del sacrificio...” puesto que, justamente, esta precisión y estrictez dan la pauta de la hondísima valoración del Amor de Jesucristo manifestado en este sacrificio y sacramento.

Newman no sólo celebraba así la Misa, sino también revelaba esta vivencia de amor y reverencia al unir estrechamente su devoción al Santísimo Sacramento con la devoción al Sagrado Corazón, culto que justamente simboliza el misterio de su Encarnación: el hecho de que no se conformó sólo con amarnos como Dios, sino además condescendió a amarnos como Hombre. Este extremado Amor por el cual “se anodadó, haciéndose como uno de nosotros hasta la muerte de Cruz”, pide la respuesta de amor de los hombres, respuesta que por cierto Newman le dio de todo corazón. No en vano reza su lema: “Cor ad cor loquitur”. Además de disponer una capilla al Sagrado Corazón cerca de su cuarto, en el Oratorio de Birmingham, nos ha dejado algunas oraciones que pueden ayudarnos a nosotros a unirnos a esa profunda vivencia suya. Para ello, citamos algunas de ellas (que se encuentran en el “Cuaderno de Oraciones”, Ed. Balmes, Barcelona):

“Dios mío, sé muy bien que podías haberme salvado sólo con tu palabra, sin necesidad de sufrir. Pero escogiste redimirnos al precio de tu Sangre. Te contempló, Víctima elevada en el Calvario, y sé que tu muerte fue expiación por los pecados del mundo...”

“Que me acerque, pues, Salvador mío, a participar de tu Cuerpo y Sangre tan a menudo y tan bien dispuesto, que tu santidad inefable me santifique cada vez más...”

“Dios y Salvador mío, adoro tu Sagrado Corazón. Este Corazón que es la sede y la fuente de tus afectos humanos más tiernos por nosotros pecadores, toda tu Caridad divina hacia nosotros”.

“Cuando condesciendes con paciencia a que te reciba en la Sagrada Comunión, haz que mi corazón palpite con tu Corazón. Purifícalo de todo lo terrenal, orgulloso y sensual, de todo lo que es duro y cruel. Llénalo de Ti de tal manera, que alcance la paz, amándote y reverenciándote”.

La devoción de Newman a Jesucristo en el Sacrificio de la Misa y en el Sacramento del Tabernáculo incidía en toda su vida. Se proyectaba en la caridad al prójimo y en su pensamiento teológico. Basta ver su estudio en el Oratorio de Birmingham para comprenderlo. En el mismo pequeño recinto están el escritorio y el altar. Junto a este, en la pared, hay una lista con los nombres de las personas por las cuales oraba durante la Misa. Y luego, ¡tantas cartas y tantas obras han salido de su pluma desde ese escritorio situado al lado de ese pequeño altar privado! En los últimos tiempos, casi ciego, siguió celebrando allí, hasta que pudo, la Misa a la Virgen que había aprendido de memoria. Y en cuanto a su costumbre de pensar y estudiar en la presencia de Jesús Sacramentado, nos ha dejado un muy significativo verso que se encuentra en un poema dedicado a San Felipe Neri en el que lo retrata así.

“Estudiaba junto a la luz que da la lámpara del altar”.

Este verso puede aplicársele a Newman ya que en la misma poesía él se dice “hijo de San Felipe” y lo invoca como su maestro y guía, al cual quiere imitar “viviendo como él vivió y muriendo como él murió” (St. Philip in his Disciples, 1857, Collected Poems).

Inés de Cassagne

# El Padre se revela por Su Hijo en el Espíritu Santo

Antología tomada de "El Misterio de la Iglesia"  
editado por el International Centre of Newman Friends de Roma

*¿Por qué Dios nos dio una "Palabra"? Porque somos tan ignorantes.*

S.N. 255 (2.8.1874)

*Considerar a Cristo como el todo, pero en cuanto revelado visiblemente -mirar Sus ordenanzas no en sí mismas, sino como signos de Su presencia y poder, como los acentos de Su amor, la verdadera forma y semejanza de Aquél que siempre nos cuida y acaricia- contemplarlo así, revelado en gloria día tras día- ¿no es inefable privilegio para aquellos que creen en El?*

P.S. III 285 (15.11.1835)

*...los tesoros sagrados que se les confiaron (a los Apóstoles)... fueron aquellas peculiares bendiciones espirituales que brotan de Cristo como Salvador, como Profeta, Sacerdote y Rey. Estas bendiciones normalmente son designadas en la Escritura como "el Espíritu" o "el don del Espíritu Santo".*

P.S. 302-303 (14.12.1834)

*Cristo es un Profeta que revela con plena autoridad la voluntad del Padre y el Evangelio de la gracia. Lo mismo fueron los Apóstoles: "Quien a vosotros oye, a mí me oye; y a quien os desprecia, a mí me desprecia; y quien me desprecia a mí, desprecia a aquél que me envió"; "Quien esto desprecia, desprecia no a un hombre, sino a Dios, quien nos ha dado su Santo Espíritu". (Lc 10,16; 1 Ts. 4,8).*

P.S. II 303-304 (14.12.1834)

Cristo es Sacerdote en cuanto perdona y comunica otros dones divinos necesarios. También los Apóstoles tuvieron ese poder: "Aquellos a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y aquellos a quienes se los retuviereis, les serán retenidos". (Jn 20, 23) "Que los hombres nos consideren como dispensadores de los misterios de Dios". (1 Co 4,1)

P.S. II 304 (14.12.1834)

Cristo es Rey, en cuanto gobierna la Iglesia; y los Apóstoles la gobiernan en nombre Suyo: "Os doy un reino, como el Padre me lo ha dado; para que podáis comer y beber a la mesa de mi reino, y sentaros en tronos para juzgar las doce tribus de Israel". (Lc 22,29-30).

P.S. II 304 (14.12.1834)

No hay don ni oficio propio de Nuestro Señor como el Cristo, que El no haya transmitido en su justo grado a los Apóstoles mediante la comunicación del Espíritu por medio del cual El mismo obraba; por supuesto debemos exceptuar aquella única y grande obra que nadie en el mundo podía cargar sobre sí, de ser el Sacrificio de Expiación en favor de toda la humanidad... Su muerte sobre la cruz es la única causa meritoria, la única fuente de bendición espiritual para nuestra raza pecadora; pero en cuanto a los dones y oficios que se derivan de tal expiación, tales como la predicación, la enseñanza, la reconciliación, la absolución, la censura, la dispensación de la gracia, el gobierno, la guía, todos estos están incluidos en la Comisión Apostólica, que es instrumental y representativa de Su ausencia: "Como mi Padre me envió, así yo os envió". (Jn 20,21)

P.S. II 304 (14.12.1834)

La revelación fue dada en totalidad a los Apóstoles; la Iglesia la transmite; no se ha dado simplemente una nueva verdad desde la muerte de San Juan; el único oficio de la Iglesia es el de conservar "aquel noble depósito" de la verdad, como dice San Pablo a Timoteo, que los Apóstoles le confiaron, en integridad y totalidad. De ahí que la infalibilidad de los Apóstoles tenía un carácter más amplio y positivo del que necesitaba y le fue dado a la Iglesia. En el caso de los Apóstoles le llamamos inspiración; en el caso de la Iglesia, asistencia.

Diff. II 327 (27.12.1874)

# Dar con el camino de la Vida

## Teología de la lucha de espíritus en John Henry Newman

Por RP. Guillermo Randle S.J.

**A**ntes de entrar en materia, lo que debemos decir es que nuestra Fenomenología Teológica sobre la conversión y posterior proceso de incorporación de John Henry Newman (1801-1890) "en el rebaño único de Cristo" <sup>1</sup>, abarca de 1816 a 1845 y se compone de cuatro pasos marcados por los años: 1816, 1833, 1839 y 1845.

El de 1816, como el de su conversión o "gran cambio"<sup>2</sup>

El de 1833, como el remoto comienzo del paulatino proceso<sup>3</sup> de incorporación del hermano separado in corpora Christi.

El de 1839 como el de "la gran revolución espiritual".

Y el de 1845 como el de dicha incorporación definitiva.

Todo ello tiene como clave de lectura –según anticipáramos en el prólogo– las clásicas ayudas para discernir espíritus de Ignacio de Loyola <sup>4</sup>, y se ciñe, dado nuestro enfoque fenomenológico, fundamentalmente –en sus versiones inglesas–: a la "Apología", a sus "Escritos Autobiográficos" y a las Cartas y Diarios de dicho período.

### ¿Por qué este enfoque en Newman?

En primer lugar, porque además de sus biografías e historias de su pensamiento, hace falta una interiorización o "radiografía" de su lucha interior, de "lo que le pasó", a fin de revelar su figura de hombre espiritual maduro, es decir, conocedor de los efectos del bueno y del mal espíritu. En otras palabras, hace falta "no la teología de su 'enseñanza', sino de su existencia, de su persona e historia" <sup>5</sup>. O como lo dice el mismo Newman en el Prefacio de la "Apología":

*"Mas aún, pienso ser simplemente personal e histórico: no voy a exponer la doctrina católica, voy solamente a explicarme a mí mismo y mis juicios y acciones".* <sup>6</sup>

Nada pues de exaltar la figura de Newman para cortar toda interpelación y diálogo. Ni buscar en este libro la mera sucesión de hechos que constituyen una "vida" o de las ideas que constituyen un tratado del pensamiento, las cuales, si bien de alguna manera estarán presentes, no constituyen nuestro cometido primordial.

En segundo lugar, hace falta este enfoque porque el fondo de su proceso –tal como aparece en la bibliografía que hace a nuestro tema– yace en el paso de los argumentos de razón a los espíritus que los impulsan, en otras palabras, de la inteligencia a la sabiduría espiritual, discreción o lógica de la razón práctica transformada y guiada por la gracia.

Y, en tercer lugar, porque consideramos que es de los pocos autores que, del siglo XVII a esta parte, comunica la lucha que es la vida interior.

Por ello es que dice en el Prefacio de su "Apología":

*"Quiero que se me conozca como un hombre de carne y hueso, y no como el maniquí que se viste de mis ropas".* <sup>7</sup>

Ni como el maniquí, añadimos nosotros, que comunica solamente "ideas" y no "lo que le pasa", tan común en los escritos espirituales a partir de dicho siglo, y como aparentemente parecería siuviésemos en cuenta el subtítulo de la "Apología" en su traducción española: "Historia de mis ideas religiosas". <sup>8</sup>

Sin embargo se trata de otra cosa, como él mismo dice al comienzo del último capítulo:

*Desde el momento que me hice católico, no tengo, naturalmente, más historia de mis opiniones religiosas que relatar. Al decir esto no quiero decir que mi entendimiento ha permanecido ocioso, o que haya dejado de pensar en temas teológicos, sino que no tengo variaciones que ano-*

GUILLERMO RANDLE S.J. Centro de Espiritualidad S.J. de Buenos Aires. Miembro fundador de los Coloquios de Historia y Espiritualidad S.J. de Chantilly. Publica desde 1991 en España y desde 1964 en la Argentina. Ha dado Ejercicios y Cursos de Discernimiento de espíritus en: Roma, España, Francia, Brasil, Paraguay, Uruguay y la Argentina.

tar.<sup>9</sup> Para ver claro en efecto de qué se trata, digamos en primer lugar qué se entiende por la palabra “opiniones” (“opinions”): Ella es sinónimo de “juicios”, “criterio” o “discernimiento”, tanto en inglés como en español, en sentido bíblico<sup>10</sup>, y no sinónimo de, “ideas”, pareceres o consideraciones.

Ella aparece en el subtítulo de la “Apología” en su versión original: “A History of his Religious Opinions”, como así también en el texto más arriba citado del Prefacio<sup>11</sup> cuando explica qué es lo que se propone.

En segundo lugar, aclaremos más el significado de la palabra “opiniones”, ya que al explicar Newman qué quiere decir con “no tengo... opiniones religiosas que relatar”, añade lo siguiente: “Quiero decir... que no tengo variaciones (“variations”) que anotar”, O sea, alteraciones, cambios, transformaciones, o como él mismo nos dirá más adelante “modificaciones, choques y cambios”<sup>12</sup>, lo cual en una palabra, constituye lo que llama Newman en el Prefacio, “la historia de mi espíritu”<sup>13</sup>.

Por tanto, de lo que se trata en el fondo en su “Apología” es del discernimiento de sus “variaciones” o historia de su lucha espiritual, nada más y nada menos.

Por ello nuestro modo de hacer teología es fenomenológico y para la comprensión del “fenómeno”, en este caso Newman, debemos tener en cuenta lo que constituyen algunos de sus aportes al campo de la experiencia religiosa, como son, por ejemplo, las “probabilidades acumuladas”<sup>14</sup>, resultantes de la cooperación mutua de nuestra acción con la de Dios, en una palabra, de la experiencia de su fidelidad, y son medio para llegar a la certeza en la indagación religiosa por encima de nuestras conclusiones lógicas. Porque, como afirma Bernard Lonergan, Newman como Agustín están en el mundo del sentido común y de la buena retórica, no son técnicos o sistemáticos al modo de Tomás de Aquino o Aristóteles, sino espirituales. Sus categorías no pertenecen a un sistema sino a la religión. Newman fue un “genio creativo”, pero su lenguaje no es sistemático.<sup>15</sup>

#### DE LA GUERRA O VARIACIONES DE ESPIRITUS

En lugar de dar una clase abstracta magistral sobre los presupuestos en torno al tema del discerni-

miento de espíritus preferimos extraerlos de los mismos textos de Newman, lo cual, aunque no sea exhaustivo, tiene el valor del testimonio.

Lo que corresponde aclarar es, qué entiende Newman por vida espiritual o interior.

Nos lo dijo poco más arriba, al hablar de “variaciones” o mociones espirituales, las cuales llevan a tomar decisiones en un sentido o en otro, es decir, para bien o para mal, para bien o para mejor.<sup>16</sup> Ello nos lo va a explicitar a continuación con otro término del comienzo y final de su “Apología”.

En primer lugar, cuando en el otoño de 1816, a los quince años, con motivo de la lectura de dos obras, “contrarias entre sí”<sup>17</sup>, una de Joseph Milner<sup>18</sup> y otra de Thomas Newton<sup>19</sup> más la ayuda de la lectura del “Serious Call to a Devout and Holy Life” de Law<sup>20</sup>, completamente opuesto al calvinismo, nos dice que quedó gracias a este último “profundamente impresa en mi espíritu la doctrina, esencial al Catolicismo, de la guerra entre la ciudad de Dios y los poderes de las tinieblas”.<sup>21</sup>

La vida espiritual fue entonces entendida, y más tarde experimentada, como guerra. Del mismo modo que nos enseña el Concilio Vaticano II:

“Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas”. (GS N° 13)

Y asimismo más adelante, en el número 37:

“A través de toda la historia humana, existe una dura batalla contra el poder de las tinieblas, que, iniciada en los orígenes del mundo, durará, como dice el Señor, hasta el día final (cfr Mt 24,13, 13,24-30 y 36-43). Enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente por acatar el bien, y solo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo”.

La vida espiritual para Newman es según lo visto hasta aquí “variaciones” y “guerra”, provocadas, como dice en sus “Escritos Autobiográficos”, por “el continuo trabajo y maquinaciones del mal espíritu”.<sup>22</sup>

El que dicha vida sea así, “es lo ordinario”, anota Teresa de Jesús, hasta el final de nuestro peregrinar<sup>23</sup>, por cuanto el movimiento caracteriza a la vida y ésta, en su dimensión interior, es “milicia sobre la tierra”, como dice Job, o “combate”, como dice Pablo a los cristianos de Efeso. El problema no es que

sea así, sino el no saber combatir. En ayuda de esto viene lo que sigue.

### LA SABIDURIA Y SU EJERCICIO: EL DISCERNIMIENTO.

Sírvanos de introducción al tema enunciado, el texto de Newman que motiva todo nuestro libro, extraído de la introducción al "The Prophetic Office"<sup>24</sup>, y aplicable por supuesto también a la Iglesia Católica de hoy:

*"Lo que de presente necesitamos para bien de nuestra Iglesia no es invención, ni originalidad, ni sagacidad, ni siquiera erudición en nuestros teólogos; por lo menos no lo necesitamos en primer término, aunque todos los dones de Dios son en cierta manera necesarios y, usados religiosamente, no están nunca fuera de sazón; pero necesitamos señaladamente sano juicio, pensamiento paciente, discernimiento, comprensión, abstenernos de toda fantasía y caprichos privados y de gustos personales; en una palabra: sabiduría divina"*<sup>25</sup>.

Eco de cuyas palabras son –después de ciento cincuenta años– las de Juan Pablo II en su carta Tertio Millenio Adveniente<sup>26</sup> al exclamar: "¿Cómo no sentir dolor por la falta de discernimiento?", es decir, por la falta de ejercicio de la sabiduría divina, raíz de las equivocaciones de la Iglesia reconocidas por el Papa a lo largo de su historia<sup>27</sup>. Como así también son eco las del Concilio Vaticano II, cuando ciento veinticinco años después exhortó, en "Gaudium et spes" n° 43, a que:

*"No piensen los laicos que sus pastores están siempre en condiciones de poderles dar inmediatamente solución concreta en todas las cuestiones, aún graves, que surjan. No es esta su misión. Cumplan más bien los laicos su propia función con la luz de la sabiduría cristiana y con la observancia atenta de la doctrina del Magisterio"*.

Solo así, es decir, mediante la "sabiduría" y su ejercicio: el "discernimiento" o "sano juicio"<sup>28</sup> podremos salir del "desajuste", como nos dirá más adelante Newman, que provoca el desconcierto en el cual estamos al final de una época que ya no es, pero que todavía no llega a ser, y a cuya causa se refiere Newman en el texto siguiente, para decir lo cual entendemos que no es preciso ser teólogo, sino sólo haber pensado en serio y tener buen sentido de las cosas al contemplar el mundo que nos rodea:

*"Si hay un Dios, puesto que hay un Dios, la raza humana está envuelta en alguna tremenda calamidad original. Está en desajuste con los designios de su creador"*.<sup>29</sup> Motivo por el cual *las distinciones ... vienen a ser ... lo que he llamado los preámbulos de su misión divina"*.<sup>30</sup>

Dicho de otro modo, las "distinciones", diferenciaciones o, en una palabra, el discernimiento de los "desajustes", por un lado, y "los designios de su creador", por otro, son para Newman, "los preámbulos de (la) misión divina" de la Iglesia. En otras palabras, son los preámbulos de una catequesis donde Dios sea fruto de un descubrimiento o encuentro, en orden a formar cristianos maduros (cfr I Cor 14,20), más que de un conocimiento meramente intelectual, el cual, cuando es exclusivo, corre el riesgo de originar cristianos inmaduros o fanáticos.

Y da el motivo de esta especial necesidad de distinguir, diferenciar o discernir, porque:

*"Me ha parecido ser este un tiempo en el cual especialmente los cristianos están llamados ..."*<sup>31</sup> *"a guardarse –como dice el poeta– de dar pasos peligrosos"*<sup>32</sup>

Es decir, llamados a discernir, como el sabio montañista, cuáles pasos son, por su sentido, efectivamente peligrosos, para no darlos, y cuáles no, para sí darlos.

Ahora bien, ¿en qué consiste para Newman dicho ejercicio de la sabiduría o discreción, es decir, el discernimiento de espíritus? Es: *"Distinguir el error de la verdad, y dar con el camino de la vida en medio de los engaños del mundo"*.<sup>33</sup>

Este ejercicio implica, como él mismo dice, dos pasos. El primero es "distinguir", diferenciar o discernir, "el error de la verdad", gracias a lo cual, el segundo paso es "dar con el camino de la vida", función propia de la sabiduría, y no transmitir ideas, propia de la función profética.

En este ejercicio de la sabiduría o discreción, no basta sin embargo, distinguir o diferenciar en una especie de entretenimiento especulativo "el camino de la vida", de "los engaños del mundo", sino que se trata de un conocimiento "práctico", o "fe práctica", como la llama Newman<sup>34</sup>, en orden a tomar decisiones por lo discernido como "camino" y a rechazar lo discernido como "engaños". Sólo así queda acabado el discernimiento.

Para ello, dice Newman que *"carecemos de formación teológica"*. Diríamos más concretamente, que ca-

recemos de una teología más espiritual y de una espiritualidad más teológica. Como consecuencia de cuya carencia, dice: "Nos empeñamos en decidir las cuestiones más embarazosas, sean de doctrina o de conducta, con nuestra razón ciega y extraviada".<sup>35</sup>

Sólo con la cual, corremos el riesgo de confundir a veces nuestro estilo de vida cristiano con un "tener razón" pero sin discernir qué espíritu la impulsa. En cambio:

*"La verdadera manera de ser cristiana es perdonar y olvidar, no probar que uno tiene razón -aunque no hay injuria en el hecho de mostrar que tienes una opinión".*<sup>36</sup>

Como una primera aproximación a este discernimiento, ponemos cuatro ejemplos. El primero, extraído del Prefacio de la "Apología". Dice así:

*"Las ideas falsas pueden, efectivamente, ser refutadas por el razonamiento, pero sólo pueden ser exterminadas por ideas verdaderas".*<sup>37</sup>

Es decir, que las ideas falsas pueden ser refutadas a nivel lógico por el razonamiento, pero solo pueden ser eliminadas a nivel espiritual en la medida que discernamos el espíritu que las anima, es decir, por el sentido que conllevan o por el efecto que dejan y las rechazamos. De lo contrario pueden, llegado el caso, inflar y obnubilar nuestra inteligencia y llevarnos, bajo apariencia de bien si fuera el caso, lejos de la verdad.

El segundo ejemplo, relacionado con lo anterior, es cuando discierne en carta a su hermano Carlos, con fecha de 3 de marzo de 1825, que: "Aun admitiendo que llegues a alguna certeza en tus principios, la paz al final nunca la tendrás".<sup>38</sup> En otras palabras, que podrá su hermano tal vez tener certezas a nivel intelectual, pero si le falta sabiduría para discernir el espíritu que las impulsa, podrá ser engañado y no alcanzar nunca la paz interior, señal inequívoca de la presencia de Dios.

El tercer ejemplo, sacado del último capítulo de la "Apología", narra lo siguiente:

*"Al leer, de anglicano, la historia eclesiástica, solía ver con evidencia cómo el error inicial de lo que después venía a ser herejía procedía de apremiar alguna verdad contra la prohibición de la autoridad y fuera de sazón. Todas las cosas tienen su tiempo".*<sup>39</sup>

Por un lado, "el error ... procedía de apremiar alguna verdad contra la prohibición de la autoridad", con lo cual quiere decir que Dios no está, ni en las cosas he-

chas con espíritu ansioso, agitado y perturbado, o como dice el viejo adagio latino: "Deus non est in conmotione". Ni hechas contra la prohibición de la autoridad. "Todas las cosas", como nos acaba de decir en una expresión de buen espíritu, "tienen su tiempo".

Por otro lado, Dios tampoco está en lo que es "fuera de sazón", es decir, en lo inmaduro e inoportuno:

*"Muchas personas desean la corrección de un abuso, o el más pleno desarrollo de una doctrina, o la adopción de determinada política pero olvidan preguntarse a sí mismos si ha llegado el momento oportuno; y sabiendo que nadie llevará a cabo una cosa en vida de ellos si no la acometen por sí mismos, no quieren oír la voz de la autoridad, y así impiden una buena obra en su propio siglo para que otro, quizá aún no nacido, tenga oportunidad de llevarla felizmente a cabo en el siguiente. Ese hombre podrá parecer al mundo todo un audaz campeón de la verdad y un mártir del libre pensamiento, cuando es, en realidad, uno de aquellos a quienes la autoridad competente tiene el deber de reducir al silencio".*<sup>40</sup>

"Ese hombre podrá parecer... un... campeón de la verdad", es decir, argumentar con lógica sobre la corrección de un abuso, o el más pleno desarrollo de una doctrina, o la adopción de determinada política, y, sin embargo, no caer en la cuenta al mismo tiempo que cuando en ello hay apremio, cuando es contra la autoridad competente, sin querer oírla y fuera del momento oportuno, Dios no está ahí.

No es cuestión de "tener" la verdad, como quien se apropia o usa de una cosa, puesto que la verdad es Alguien, de quien vamos en su seguimiento. No por delante, ni "llevando por delante" en su nombre a nadie. Lo cual es borrar con el codo lo que se escribe con la mano, porque verdad, respeto y amor van juntas en el Evangelio.

O como escribió a su amigo Henry Wilberforce:

*"Si te empeñas en realizar, cuando no ha llegado el tiempo oportuno lo que en sí es algo acertado, corres el peligro de volverte hereje o cismático".*<sup>41</sup>

Por tanto, la mera lógica o acierto de una afirmación no es suficiente para concluir que cualquier tiempo es de Dios a fin de llevarla a cabo. En otras palabras, se puede ser inteligente pero no saber de qué espíritu se es. Se puede ser inteligente pero inmaduro espiritualmente hablando. En efecto, dice Charles Stephen Dessain: "Newman a menudo ha-

bía opuesto resistencia a... que la educación académica podía hacer a los hombres no sólo más sabios, sino también mejores".<sup>42</sup>

Es decir, si al mismo tiempo no hay una maduración espiritual en lo que hace al crecimiento en el ejercicio del don de la sabiduría o discreción. De donde se sigue el concepto integral que tiene Newman de la formación universitaria, la cual no es para él sólo formar cabezas sino personas, lo cual fue ocasión de cierto intercambio de opiniones con Hawkins en el Oriel College de Oxford cuando éste era Rector del mismo y Newman Tutor.

El cuarto ejemplo, es cuando Newman –al revelarnos el plan de la exposición de “la historia de mi espíritu”– nos cuenta:

*“Por qué sugerencias o accidentes externos surgió cada una de mis opiniones, hasta qué punto y de qué manera se desarrollaron desde dentro, cómo crecieron, se modificaron, se combinaron, chocaron unas con otras y, finalmente, cambiaron”.*<sup>43</sup>

Es decir, que llegó al discernimiento a través de la experiencia del choque o lucha de sus opiniones o criterios opuestos, lo cual le brindó la oportunidad, no sólo de diferenciar o distinguir, sino de decidir en consecuencia. Es cuando nos dice que sus opiniones, “finalmente cambiaron”.

En otras palabras, nos está diciendo una vez más que discernir no es sólo advertir pensamientos contrarios, ni tampoco sólo conocer su sentido, sino llegar a una decisión por los positivos, y a un rechazo de los opuestos.

Este “conocimiento práctico” o “practicidad” constituye para Orígenes al hombre espiritual, porque el Espíritu adquiere en la acción, operaciones, y porque en el hombre espiritual se juntan “teoría” y “práctica”, cuidado del prójimo y carisma espiritual en bien del prójimo, entre los cuales recalca sobre todo la “diácrisis” o don de discernir la variedad de espíritus a fin de ayudar, como dice Newman, a “dar con el camino de la vida en medio de los engaños del mundo”<sup>44</sup>

#### LA INDIFERENCIA: FUNDAMENTO DEL DISCERNIMIENTO.

Puesto que la finalidad del discernimiento de espíritus es detectar el paso del Señor entre las am-

bivalencias de la vida para decidirse por El, se hace preciso una actitud fundamental a fin de que realmente el discernimiento sea factible y auténtico.

Esta consiste en no desear de nuestra parte –cuando nos hallamos frente dos cosas buenas– más esto que aquéllo, sino solamente desear y elegir lo que más ayude a mí en concreto, aquí y ahora, y no en abstracto para seguirlo más de cerca.

En otras palabras, es hacerse disponible, incondicional, interiormente libre o preferente por su voluntad sobre todas las cosas. En palabras de Newman esta actitud consiste, como dice en el Prefacio a “The Prophetic Office”, en: “*Abstenernos de toda fantasía y capricho privados y de gustos personales*”.<sup>45</sup>

Dice bien, “abstenernos”, porque no se trata de no sentir inclinación a la fantasía, a los caprichos y a los gustos, ya que somos humanos, sino que, llegado el momento de elegir, no nos dejemos llevar por dichas inclinaciones naturales, porque entonces elegiríamos mal o según nuestro capricho.

También, en carta a su hermana Jemina de<sup>46</sup> de noviembre de 1844, nos dice que la indiferencia es: “*No estar aferrado a nada, sino querer tomar lo que la Providencia quiera*”.

Ahora bien, para ejemplificar esta indiferencia o libertad interior, tomamos tres circunstancias de su vida, sacadas de sus “Escritos Autobiográficos”. Ellas son, su ingreso al Oriel College<sup>47</sup> de la Universidad de Oxford, su Ordenación sacerdotal en la Iglesia Anglicana, y su deseo de la Verdad.

El primer ejemplo lo tomamos pues, de las vicisitudes vividas en torno a su ingreso al Oriel. En su Diario de 5 de Febrero de 1822 esta libertad interior queda sobre todo expresada en la frase, “dispone de mí”:

*“¡Ay, qué cambiado estoy! Estoy rezando continuamente para entrar en el Oriel, y para obtener el premio por mi Ensayo. Oh Señor, dispone de mí de la mejor manera que quieras para promover Tu gloria– y, después de esto, como mejor quieras para hacerme avanzar en mi santificación– pero dame resignación y paz. Oh Señor Jesús, en todas tus disposiciones concernientes a mí, para elevarme o abajarme, dame una paz celestial que sobrepase al entendimiento”.*<sup>48</sup>

La indiferencia ejemplificada en la frase “dispone de mí”, capacita para desear y elegir lo que más conduce a El y, como consecuencia, produce una paz que sobrepasa al entendimiento

El segundo ejemplo, es con motivo de su Ordenación sacerdotal, al orar del siguiente modo en su Diario del viernes 11 de junio de 1824:

*"Hazme Tu instrumento ... usa de mí, cuando Tú quieras, y arrójame en pedazos cuando Tú quieras. Permíteme ser Tuyo, vivo o muerto, en dicha o desdicha, en gozo y tristeza, en salud y enfermedad, en honor y deshonor".*<sup>49</sup>

El tercer ejemplo lo hallamos en su Diario del mismo año 1824<sup>50</sup>, donde cuenta que el viernes 3 de Septiembre:

*"Tomé el te con Mr Shepherd. El y Mrs S. parecen desear que fuese más calvinista. ¿Qué haré? Yo deseo realmente la verdad".*<sup>51</sup>

En los tres casos se respira indudablemente li-

bertad interior o indiferencia, la cual le permitió ir más allá de las cosas hacia lo que realmente importa y constituye el criterio sobrenatural para discernir correctamente, el cual expresa de tres maneras diferentes.

En el primer caso: es la gloria de Dios, el serle agradable y la paz; en el segundo: es no desear más una cosa que otra sino ser de El; y en el tercero: es desear "realmente la verdad", mas allá de la deliberación de si ser más calvinista o no.

Esta indiferencia, como actitud fundamental para discernir, es la que precisamente le permitirá en su búsqueda y hallazgo de la verdad llegar en 1845 hasta fronteras insospechadas. ■

1 Apo, p.211,32. Frase que repite en varias cartas con fecha el 8 de octubre de 1845 (LD, Vol. XI, p.5-11)

2 Apo, p. 17,20

3 Este concepto dinámico es además, clave hermenéutica para entender la trayectoria de Newman, el cual concepto veremos expresado con otros términos, tales como: cambio, desarrollo, historia, camino, paso, lo cual muestra que la evolución intelectual de Newman fue realmente una búsqueda de la verdad a través de la apropiación de su experiencia vivida. O en otras palabras: *ex umbris in veritatem*. Cfr. Philip A. Egan, "Lonergan on Newman's Conversion", *Heythrop Journal*, XXXVII, 1996, p. 448-449.

4 Ejercicios espirituales, N° 313-336

5 Hans urs von Balthasar, "Razing the Bastions: on the Church in this age", *Communio Books*, Ignatius Press, San Francisco, 1993, p. 30. Para la teología de su enseñanza, en cambio, se puede leer en español: Ch. S. Dessain, "Vida y pensamiento del cardenal Newman", Ediciones Paulinas, Madrid, 1990.

6 Apo, p. 13.

7 Apo, p. 12.

8 Traducción de Daniel Ruiz Bueno, BAC, Madrid, 1977

9 Apo, p. 214, 1-7

10 "En cuanto al juicio sean hombres maduros" (I Cor 14,20), es decir, en cuanto al discernimiento.

11 Apo, p. 13

12 Apo, p. 12

13 Apo, p. 12

14 Apo, p. 181,2

15 Cfr. Philip A. Egan, o.c. p. 447

16 Aclaremos con Juan Bautista Scaramelli S.J., que: "Entendemos por espíritu un impulso, una moción o inclinación interior de nuestro ánimo hacia alguna cosa que en orden al entendimiento sea verdadera o falsa, y en orden a la voluntad sea buena o mala". "Discernimiento de los espíritus", Ediciones del Cruzamante, Buenos Aires, 1981, p. 13

17 Apo, p. 20,1

18 (1744-97) fue uno de los fundadores del movimiento Evangélico en la Iglesia Anglicana.

19 (1704-82), Obispo de Bristol.

20 (1686-1761), defensor del cristianismo contra el racionalismo del siglo XVIII, fue un contemplativo de tendencias místicas.

21 Apo, p. 19, 26-28. Sobre esta conciencia de la lucha nos da otro testimonio en una oración escrita en latín en diciembre de 1816: "Concédeme Tú las fuerzas para superar al mundo, a la carne y al diablo", AW, "Early Journals: Book I", p. 151

22 AW, "Early Journals: Original notes", p. 240 (en latín), p. 247 (en inglés).

23 "Obras completas", Séptimas moradas 2, 13, BAC, Madrid, 1986, p. 573.

24 "la función profética en la Iglesia considerada en relación con el romanismo y el protestantismo popular", escrito en 1836, sobre la doctrina de la Via media (entre el protestantismo y el romanismo), nombre éste que había sido aplicado al anglicanismo por escritores de renombre.

25 Apo, p. 70, 10-17

26 Del 10 de noviembre de 1994

27 Cfr. G. Randle S.J. "Conversión de la Iglesia - Conversión a la madurez espiritual", "Actualidad Pastoral", N° 218-220, enero-abril 1996, p. 106-109.

28 Porque: "Sólo así se enderezaron los caminos de los moradores de la tierra, así conocieron los hombres lo que a Ti te agrada y gracias a la Sabiduría se salvaron", Sab 9,18

29 Apo, p. 217, 38-218, 3

"Desajuste con los designios de su creador", en este caso a nivel moral, el cual explica otros desajustes actuales a diferentes niveles. Como por ejemplo, a nivel ecológico: en los trastornos provocados por el manipuleo indiscriminado del planeta. A nivel científico-técnico: en lo que Albert Einstein alertó en cierta ocasión al decir que: "La perfección en los medios y la confusión en los objetivos, parecen ser características de nuestra época".

A nivel de las artes plásticas: cuando Hans Sedlmayr tituló sugestivamente uno de sus libros: "El arte descentrado", o mejor aún, en traducción literal: "La pérdida del centro" sobre las artes plásticas de los siglos XIX y XX como síntoma y símbolo de la época.

30 Apo, p. 222, 22-25

31 Apo, p. 235, 23-27

32 Apo, p. 235, 2-4

33 AW, "Early Journals: Original notes", p. 240 (en latín), p. 247 (en inglés).

34 Moz, Vo. II, p. 130

35 LD, Vol. V, p. 109. Carta a H. Wilberforce de 28 de julio de 1835

36 Apo, p. 12

37 Este paso, que con cierta frecuencia observaremos en Newman a lo largo de su proceso de incorporación, es decir, del nivel de la mera razón al del espíritu, o de la mera inteligencia al de la sabiduría, nos revela la clave de comprensión de dicho proceso, como ya lo adelantáramos en nuestra introducción.

38 LD, Vol. I, p. 215

39 Apo, p. 232, 10-14

40 Apo, p. 232, 15-26

41 Wilfrid Ward, "The Life of John Henry Newman", I, 1912, p. 499

42 "Vida y pensamiento del cardenal Newman", Ediciones Paulinas, Madrid, 1990, p. 104

43 Apo, p. 12

44 Apo, p. 235, 3-4

45 Apo, p. 70, 16-17

46 Moz, vol. II, p. 445-446

47 Fundado en 1324-26 por Adam de Brome y el rey Eduardo II

48 AW, "Early Journals: Book II", p. 183 Otro ejemplo lo tenemos en una carta a su hermano Francis durante las vacaciones largas de 1820: "si es posible, Oh Señor, dame éxito en el objetivo de mis estudios —pero Tú conoces todas las cosas, y yo soy un tonto delante de Ti. Por tanto Tu voluntad sea hecha, no la mía— sólo dame fortaleza para soportar lo que acontezca con calma— y si Tú rápido decretas que yo debo fracasar, déjame adorar Tu gran amor y sabiduría, y bendito Tú por no permitirme la opción... AW, "Early Journals: Book I, p. 159

49 AW, p. 200

50 Año hasta el cual se consideró a sí mismo como calvinista.

51 AW, "Early Journals: Book II, p. 202. Sobre la cual se había expresado días antes, al decir: "Pienso que realmente deseo la verdad, y la abrazaría donde fuera que la encontrase", o.c. p. 202

“ ¿Qué dignidad puede ser demasiado grande para la que está tan estrecha e íntimamente unida a la Palabra eterna como una madre a su hijo...? ¿Por qué extrañarse, entonces, de que hubiera de ser inmaculada en su Concepción? ¿O de que hubiera de ser honrada con su Asunción y exaltada como reina? A veces la gente se maravilla de que la llamemos Madre de vida, de misericordia, de salvación, pero ¿qué son esos títulos comparados con el nombre de “Madre de Dios”? ”

(Diff II, 62-63)